

TESTIGOS Y MENSAJEROS DEL DIOS DE LA VIDA

Impulsando las prioridades determinadas por el XXIII Capítulo General

CARTA CIRCULAR A TODOS LOS MISIONEROS CLARETIANOS

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos:

1. A mitad del sexenio para el que fue elegido este Gobierno General me parece oportuno compartir con todos vosotros una reflexión que nos ayude a volver a tomar conciencia de los objetivos que tenemos señalados para este período y nos impulse a un compromiso más decidido por mantener vivo en cada uno de nosotros y en nuestras comunidades y actividades el carisma que el Señor nos ha dado para la vida del mundo y para el bien de toda la Iglesia. Para ello, voy a subrayar algunos aspectos que considero particularmente importantes en este momento, siguiendo las prioridades que nos marcó el mismo Capítulo General.

Mantener vivo el carisma

2. Desde el sexenio anterior se ha introducido la costumbre de ofrecer a los nuevos Superiores Mayores unos días de convivencia y estudio en la curia general. Se trata de un programa que pretende ayudar a quienes han sido elegidos para ejercer el ministerio del gobierno en nuestra comunidad a descubrir las distintas dimensiones inherentes al mismo y a asumir su nueva responsabilidad desde una perspectiva más universal de Congregación. Una pregunta que surge siempre en estos encuentros es la que busca definir la misión primordial del Superior Mayor. No cabe duda de que, desde una perspectiva evangélica, la misión del Superior Mayor es la de “cuidar de sus hermanos”, es decir, acompañarlos en su camino de crecimiento como personas consagradas, como misioneros enviados a proclamar la Buena Noticia del Reino. Con esta misión fundamental se relaciona una responsabilidad ineludible del Superior Mayor: mantener vivo el carisma.
3. El carisma es la razón por la que existimos como Congregación en la Iglesia y en el mundo. Dios suscitó el nuestro a través de San Antonio M. Claret y lo sigue suscitando a través de quienes se sienten convocados a sumarse a esta familia de evangelizadores. Es un don, un tesoro que hemos recibido del Padre y que debemos cuidar con esmero. Se trata de un carisma que, como todos, tiene rasgos permanentes y expresiones condicionadas por circunstancias histórico-culturales. Hay que saber, por lo tanto, releerlo y re-expresarlo en cada momento histórico y en los distintos contextos culturales, para que pueda seguir siendo significativo y portador de vida para quienes han sido agraciados con él y para quienes deben recibir los frutos de la acción misionera que suscita.
4. El último Capítulo General, recogiendo un largo camino de discernimiento congregacional, nos dio unas claves para vivir nuestro carisma durante este sexenio y nos marcó un horizonte hacia el que orientar la acción misionera que éste hace surgir en nuestra comunidad: el servicio a la vida. El documento del Capítulo asume como título la expresión del Evangelio de Juan “*Para que tengan vida*”. Como sabéis, el documento señala con claridad las prioridades para el

sexenio y las propuestas para hacerlas operativas. En torno a él se han ido definiendo o revisando los proyectos de vida y misión de las Provincias, Delegaciones y comunidades. De este modo intentamos mantener vivo el don con que el Señor nos ha agraciado y hacer que sea verdaderamente portador de vida.

Vivir con radicalidad la dimensión profética de la vida consagrada

5. En la audiencia que el Papa Benedicto XVI concedió a los Superiores Generales el día 22 de mayo de 2006, después de manifestar su gratitud a los consagrados por su compromiso en difundir el “buen aroma de Cristo” (cf. 2 Cor 2,15) en la Iglesia y en el mundo, nos recordó que tenemos hoy “la misión de ser testigos de la presencia transfigurante de Dios en un mundo cada vez más desorientado y confuso, un mundo en el cual los matices han sustituido los colores nítidos y genuinos”. Señaló el Papa como característica de los religiosos su *pertenencia al Señor por encima de todo* y explicó que “pertenecer al Señor significa estar encendidos por su amor incandescente y ser transformados por el esplendor de su belleza”¹. Ahí radica la fuente donde debe beber la vida consagrada para cumplir su misión profética en el mundo de hoy.
6. En el documento que recoge el proceso vivido durante el “Congreso internacional de la vida consagrada” que, organizado por las Uniones de Superiores y Superioras Generales, se celebró en Roma en el mes de noviembre del año 2004, se afirma: “*El deseo de responder a los signos de los tiempos y de los lugares nos ha llevado a describir la vida consagrada como pasión: Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*”². Es una expresión muy bella que despierta profunda sintonía en nuestros corazones y nos abre con esperanza hacia el futuro que queremos seguir construyendo desde esta visión de la vida consagrada.
7. Solamente se puede estar apasionado por algo cuando el objeto que da razón de este sentimiento ocupa realmente el centro de nuestros corazones y de nuestras vidas. Es, pues, Cristo, su pasión por el Reino -el gran proyecto del Padre- y su compasión por la humanidad, el centro integrador de nuestras vidas³. Ahí radica la fuente que mantiene viva la dimensión profética de la vida consagrada. La exhortación apostólica sobre la Vida consagrada nos invita a meditar sobre el manantial permanente de la profecía. “La verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado. El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad. También se manifiesta en la denuncia de todo aquello que contradice la voluntad de Dios y en el escudriñar nuevos caminos de actuación del Evangelio para la construcción del Reino de Dios”⁴.
8. El Congreso Internacional sobre la Vida Consagrada fue un testimonio claro de que ésta está viva en la Iglesia y de que desea ardientemente cumplir con radicalidad la misión que el Señor le ha confiado. Quiere, por ello, dejarse transformar por esa pasión de Cristo que le hace abrazar

¹ Discurso del Papa Benedicto XVI en la audiencia concedida a los Superiores y Superioras generales el día 22 de mayo de 2006. OSSERVATORE ROMANO, día 23 de mayo.

² “*Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*”. Congreso Internacional de la Vida Consagrada. Publicaciones Claretianas, Madrid, 2005, pag. 357

³ “No piensa sino cómo seguirá e imitará a Cristo en orar, en trabajar, en sufrir, en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de los hombres” (CC 9). Ver también CC 4

⁴ VC 84

su pasión por la humanidad. Solamente así será verdaderamente profética. Le manifestaba al Papa el Presidente de la Unión de Superiores Generales en su discurso durante la audiencia antes mencionada: “Queremos ser un signo visible del rostro del Padre y rehacer la imagen de Dios para que sea reconocida y respetada en todas y cada una de las personas, especialmente los pobre y los que sufren”⁵

9. Durante el Congreso nos acompañaron dos iconos bíblicos muy sugerentes: el de la *samaritana* que va a buscar agua y se encuentra con el agua viva⁶ y el del *samaritano* que sabe compadecerse de su prójimo y deja que esta compasión determine el rumbo de su vida⁷. Es verdad: junto a los pozos donde vamos en busca de un agua que no acaba nunca de saciar nuestra sed y en los caminos por donde caminamos urgidos por nuestras preocupaciones y proyectos, nos espera el Señor ofreciéndonos el agua que se convierte en manantial dentro de cada uno y apelando a nuestra compasión para crear unas nuevas relaciones que manifiesten la novedad del Reino. La sed, la conversación con el Maestro que va penetrando con su Palabra los diversos espacios de nuestra vida, la disponibilidad a abandonar el cántaro que solamente recoge agua que nunca acaba de colmar la sed, el cuidado de una nueva relación con Dios en espíritu y en verdad y la llamada interna a compartir la experiencia de liberación que surge de la presencia de Dios en nuestras vidas son, entre otros, rasgos que encontramos en el icono de la samaritana. Empatía, ternura, cercanía, misericordia son acentos que descubrimos en el icono del samaritano. De él aprendemos un modo de caminar que nos obliga a estar atentos a todas las sorpresas que el camino nos depara, nos enseña a contemplar el rostro de Dios en el rostro sufriente del hermano y a arrodillarnos ante la humanidad caída, sin “dispensarnos” de las exigencias del mandamiento del amor que se traduce en gestos y compromisos concretos. En este sentido, solamente una “vida religiosa samaritana” será capaz de expresar la dimensión profética que encierra nuestra vocación.
10. El idiograma que, en lengua japonesa, indica la palabra “atareado” está compuesto de dos partes: la de la izquierda indica el “corazón” (en el sentido de alma o espíritu), la de la derecha significa “perder” o “desaparecer”. El idiograma describe, por lo tanto, la situación de una persona que ha olvidado lo más importante, que ha perdido de vista el centro que da unidad a todas las dimensiones de su ser y llena de sentido cada una de sus acciones. Anda un tanto perdida en sus propios proyectos. Es un toque de atención para la vida consagrada. Hemos de mantener viva “el alma” de la vida consagrada para que siga siendo la fuente de sentido y la dinamizadora de las múltiples y maravillosas actividades que los consagrados llevamos a cabo. De ahí nacerá el futuro que anhelamos y que la Iglesia nos pide a los consagrados.

Una nueva situación congregacional

11. La Congregación ha experimentando unos cambios muy importantes en su geografía humana durante estos últimos años. Formamos hoy la Congregación 3.121 claretianos, distribuidos en 36 Organismos Mayores y 10 casas generalicias en los cinco continentes. Aproximadamente una tercera parte de los claretianos está en Europa, otra en América y otra tercera parte se encuentra repartida entre Asia y África. Los datos estadísticos proyectan, sin embargo, una disminución fuerte de la tercera parte que se encuentra en Europa, un mantenimiento de la correspondiente a América y un crecimiento de la tercera parte que se halla en Asia y África. En unos doce años podríamos llegar a una situación en que la distribución del personal de la

⁵ Saludo del Hno. Alvaro Rodríguez Echeverría FSC, presidente de la Unión de Superiores Generales en la audiencia concedida por el Papa Benedicto XVI a los Superiores Generales el día 22 de mayo de 2006

⁶ Cf Jn 4,1-42

⁷ Cf Lc 10,30-37

Congregación fuera de una mitad en Europa y América y la otra mitad en Asia y África. Todo esto conlleva consecuencias en las diversas áreas de la vida congregacional. Lo iré haciendo notar a lo largo de la circular, pero es bueno tomar conciencia de ello de un modo más unitario al comienzo de esta reflexión.

12. Va disminuyendo el número de claretianos que se formaron en una cercanía geográfica y cultural a los lugares y contextos donde se originó nuestro Instituto. No cabe duda de que la integración de personas provenientes de nuevas culturas con distintas sensibilidades supone un enriquecimiento grande de nuestro patrimonio cultural y espiritual, pero nos obliga a buscar nuevos caminos para mantener viva la conexión con los orígenes. La multiculturalidad creciente de la Congregación nos exige construir una comunión más profunda en aquello que le da cohesión y unidad: el carisma misionero de San Antonio M. Claret.
13. Los procesos formativos han tenido que integrar la dimensión de la interculturalidad para preparar a las personas para vivir en una Congregación profundamente marcada por este signo. Se han multiplicado los Centros formativos que acogen estudiantes de diversas partes de la Congregación en razón de los nuevos destinos que se han hecho previendo el futuro de los Organismos. El número creciente de misioneros en formación en las Provincias y Delegaciones recientemente constituidas nos ha obligado a hacer un esfuerzo en la preparación de formadores y ha exigido una colaboración de formadores de otros Organismos que han respondido generosamente a pesar de una situación deficitaria de personal. Hemos tenido que hacer un gran esfuerzo de traducción de los textos del Fundador y de la Congregación que son fundamentales en los procesos formativos. La construcción de nuevos centros formativos es una de las preocupaciones permanentes del Gobierno General.
14. El apostolado de la Congregación se está abriendo a nuevos campos y ampliando sus horizontes. La mayor presencia de la Congregación en zonas donde los cristianos son minoría nos ha llevado a plantear más a fondo el tema del diálogo interreligioso. La creciente ubicación en países que sufren a causa de la pobreza y la exclusión nos ha obligado a organizar más sistemáticamente las Procuras Misionales y a reforzar la acción en el campo de la Justicia, la Paz y la Solidaridad. Las nuevas situaciones culturales de nuestro mundo nos están pidiendo planteamientos pastorales distintos que nos obligan, con frecuencia, a sobrepasar la frontera de las estructuras tradicionales de apostolado. La intensificación de la colaboración con los laicos, fruto de una nueva conciencia eclesial y también, aunque nos cuesta admitirlo, de la carencia de personal propio, nos está pidiendo un mayor compromiso por la misión compartida.
15. Quizás vaya llegando el momento de redefinir el Proyecto misionero de la Congregación, no porque no sean válidas ni necesarias las opciones explicitadas en el documento “La Misión del Claretiano Hoy” (MCH)⁸, sino porque ha cambiado la situación de nuestro mundo, la conciencia evangelizadora de la Iglesia se ha visto enriquecida por la reflexión en torno a nuevos temas emergentes (diálogo interreligioso, diálogo con la cultura y los nuevos cuestionamientos que suscitan los avances tecnológicos, etc.) y el sujeto congregacional también se ha transformado, siendo ahora mucho más plural que en 1979. Será un tema que tendremos que considerar cuando se comience a pensar en el próximo Capítulo General durante la reunión de los Superiores Mayores del año 2008. Queremos que nuestra proyección misionera siga siendo significativa para la Iglesia y para el mundo y deseamos que la Congregación mantenga e incremente su talante profético.

⁸ “La Misión del Claretiano Hoy”. Documento del XIX Capítulo General, 1979, nn. 160-179

16. Finalmente, esta nueva situación congregacional tiene unas repercusiones muy fuertes en el área de la economía que analizaré con más detalle cuando me refiera a este tema. Os aseguro que me crean una fuerte inquietud las cartas que recibo con frecuencia de los Superiores Mayores y de los Eónomos de algunas Provincias y Delegaciones compartiendo sus preocupaciones y pidiendo ayudas urgentes para hacer frente a las crecientes necesidades de sus Organismos. Es verdad que hay que aprender a avanzar con gradualidad. Con frecuencia las prisas excesivas nos llevan a situaciones muy incómodas. No se puede tener todo desde el comienzo. Sería bueno repasar la historia de la Congregación y ver cómo se fueron construyendo y consolidando las misiones y los nuevos Organismos que se iban creando. Los pioneros contaron siempre con la solidaridad de sus hermanos, pero dieron prueba de un gran espíritu de sacrificio, que se expresó en su disponibilidad a renunciar a muchas cosas y a asumir con gozo las limitaciones inherentes a los comienzos. De todos modos, la necesidad de dar respuesta a la nueva situación de la economía de la Congregación es un tema urgente y preocupante.
17. A la hora de mirar a la Congregación, antes de comenzar esta reflexión, no puedo menos de hacer notar dos acontecimientos importantes: uno lo hemos vivido ya, el otro nos aprestamos a celebrarlo. Se trata -habréis ya adivinado- de la beatificación del P. Andrés Solá Molist, mártir claretiano en México y de la conmemoración del segundo centenario del nacimiento de San Antonio M. Claret el próximo año 2007. Con motivo de la beatificación os envié, el mes de abril del año pasado, una carta circular en la que os invitaba a celebrar con gozo la memoria de nuestro hermano mártir y os proponía algunas pautas para que la celebración se tradujera en dinamismo misionero en cada uno y en nuestras comunidades⁹. En torno a la conmemoración del segundo centenario del nacimiento del P. Fundador, os escribiré más adelante. De todos modos, desde el Centro de Espiritualidad Claretiana de Vic se están preparando ya algunas iniciativas en colaboración con la Provincia de Catalunya. Nos alegran, también, en otro orden de cosas, las dos nuevas fundaciones que hemos podido realizar últimamente: los grupos comunitarios en China Continental y la misión en Mozambique. De estos proyectos os hablaba en mi última circular, enviada después de los Consejos intensivos del mes de marzo de este año.

PARA AVANZAR EN FIDELIDAD CREATIVA A NUESTRO CARISMA

Entusiasmados por nuestra vocación misionera claretiana

18. Ésta es la primera condición para construir un futuro lleno de vida: vivir entusiasmados por nuestra vocación misionera claretiana ¡Tantas veces se nos ha hablado del amor a la vocación!¹⁰ Aceptarla como un don precioso, asumirla como ese tesoro escondido por el que vale la pena venderlo todo¹¹, vivirla como un camino de realización personal que proyecta nuestra vida hacia Dios y hacia los hermanos y la hace fecunda y generadora de nueva vida, son aspectos fundamentales de ese amor por la vocación recibida. El último Capítulo General señalaba como una de las prioridades para el sexenio: “*Asumimos como prioridad el cultivo de la propia vocación en fidelidad a nuestras raíces evangélicas y carismáticas, expresadas en las Constituciones*” (PTV 48).

⁹ “P. Andrés Solá Molist, Mártir claretiano en México”. Roma, 28 de marzo de 2005

¹⁰ Cf. CC 67

¹¹ Cf. Mt, 13,44

19. Entusiasmarse por la vocación claretiana significa asumir con gozo el proyecto de vida que nace de los valores que la definen y que está expresado en las Constituciones. Creo que hemos de volver más frecuentemente a ese “libro de vida”. Da pena ver cómo, con demasiada frecuencia, queda como uno de los textos que estudiamos durante el noviciado, pero que no nos sigue acompañando de cerca el resto de nuestra vida. La Congregación, fiel a las orientaciones del Concilio Vaticano II, hizo un gran esfuerzo para integrar en el texto constitucional los elementos fundamentales de la experiencia espiritual y apostólica de San Antonio M. Claret y nos lo ofreció como un camino seguro para vivir el seguimiento de Jesús en la comunidad de evangelizadores a la que hemos sido llamados. Los tres volúmenes del Comentario a las Constituciones, publicados hace unos años bajo el título “Nuestro Proyecto de Vida Misionera”, nos permiten profundizar, desde una perspectiva teológica e histórica, la riqueza del texto constitucional y nos ayudan a asimilar sus contenidos de un modo más sistemático.
20. Han sido múltiples las iniciativas que se han tomado durante los años recientes para desarrollar la inmensa riqueza de nuestro patrimonio espiritual y hacerlo alimento para nuestro caminar cotidiano. El Congreso sobre la espiritualidad claretiana, celebrado en el año 2001, fue, en este sentido, un momento de especial densidad, tanto por la participación de muchos claretianos en todo el proceso como por la calidad de los contenidos que nos ha ofrecido. Además de esto, podemos citar las semanas de estudios claretianos celebradas en Vic, los talleres organizados por las Prefecturas Generales, los dos talleres la espiritualidad claretiana organizados por CICLA, las varias experiencias y programas de renovación claretiana (Encuentros de Renovación Claretiana, Fragua, etc.), los muchos estudios que se han publicado en los últimos años. Las circulares de los Superiores Generales nos han invitado constantemente a recoger esta herencia maravillosa para encarnarla hoy en nuestras vidas y expresarla en nuestros proyectos como palabra y acción profética capaz de suscitar nueva vida. A todo este esfuerzo, ¿ha correspondido una respuesta suficiente por parte de todos nosotros? Contamos con una doctrina rica, capaz de estimular la respuesta vocacional de cada uno y de llenar de dinamismo profético nuestro compromiso pastoral. Pero la doctrina no ha llegado todavía a penetrar suficientemente la mente y el corazón de muchos claretianos. Se conoce poco. Es motivo de alegría, sin embargo, constatar que ha habido Provincias, Delegaciones y comunidades que han llevado a cabo programas sistemáticos que les han ayudado a asimilar toda esta gran oferta de estímulos carismáticos. Otros hermanos han sabido asegurar en su propio proyecto personal de vida los tiempos necesarios para dejar que toda esta literatura llegue a ser mensaje estimulante para la vida espiritual y para la acción misionera.
21. El itinerario espiritual que nos proponen estos documentos nos conduce a una espiritualidad verdaderamente misionera, que sabe abrirse a las interpelaciones de los lugares y de la historia, leídas y discernidas a la luz de la Palabra compartida en la comunidad y con el pueblo, y que nos ayuda a responder a ellas. La importancia que queremos dar a nuestra espiritualidad se refleja también en la creación de la Prefectura General de Espiritualidad y de Prefecturas Provinciales en algunos Organismos.
22. Quiero hacer un llamamiento a todos en orden a valorar esta gran riqueza doctrinal que poseemos y a asimilar los frutos de este ingente esfuerzo que se ha venido realizando. Señalemos concretamente en nuestro proyecto personal algunos tiempos para ello. Uno procura conocer siempre mejor aquello que verdaderamente ama. Me gustaría que en todas las comunidades cada día se hiciera memoria explícita de las Constituciones en alguno de los momentos de oración comunitaria. Escuchar cada día la lectura de un número de las Constituciones nos ayudaría a mantener más cercano este texto que nos propone el proyecto de

vida al que el Señor, en su Providencia, nos ha convocado y nos invitaría a seguir profundizando en su conocimiento y su vivencia.

23. En orden a promover un mayor y más profundo conocimiento de la figura del P. Fundador y del patrimonio espiritual de la Congregación se creó, hace dos años, el Centro de Espiritualidad Claretiana de Vic (CESC), que recoge y amplía los objetivos que, en su momento, se establecieron para el Secretariado Claretiano. Un equipo de claretianos trabaja a tiempo completo en este Centro. Ellos han iniciado ya varios proyectos para cumplir los objetivos que se le han asignado. Por otra parte, el Gobierno General ha invitado a las Provincias y Delegaciones de reciente creación a enviar algunos de sus miembros a especializarse en temas claretianos. Los Organismos de IBERIA se han comprometido a asumir los costos de este proyecto. Hemos hablado insistentemente de la inculturación del carisma. Hemos expresado el deseo de que los claretianos de los nuevos contextos culturales donde la Congregación se ha hecho presente durante los últimos años nos ofrezcan sus propias claves de lectura de nuestro patrimonio carismático y nos ayuden a descubrir en él nuevos elementos dinamizadores para nuestra vida y nuestro compromiso misionero. Ello no va a ser posible sin personas que se preparen seriamente para llevar a cabo esta tarea. En todos los Centros de Formación de la Congregación se han comenzado a realizar anualmente las Semanas de Estudios Claretianos, animadas por la Prefectura General de Formación. Recuerdo a todos los Superiores Mayores y a los formadores la importancia de esta iniciativa que pretende familiarizar a los futuros misioneros con la Tradición congregacional y mantener viva, de este modo, la aportación que, desde nuestro carisma específico, hemos de hacer a la tarea evangelizadora de la Iglesia.
24. Los esfuerzos realizados en los últimos años por reinterpretar y potenciar nuestra filiación cordimariana tienen que ir dando frutos de madurez. Como hijos del Corazón de María, queremos acoger la Palabra, encarnarla en nuestra vida y anunciarla con nuevo ardor. Nos sentimos lanzados por Ella para luchar contra todo lo que se opone al Reino de Dios¹². Nuestro nombre original de “Hijos del Inmaculado Corazón de María” expresa nuestra identidad misionera. No quisiera que la sustitución progresiva por el otro nombre oficial de “Misioneros Claretianos” nos hiciera olvidar lo que el Fundador quiso decirnos con ese título.
25. Queda todavía pendiente la puesta en práctica del proyecto que pidió el Capítulo General para intensificar la vivencia de la dimensión eucarística de nuestro carisma¹³. La Eucaristía es un punto de referencia fundamental para la comunidad religiosa. En ella vamos creciendo, con Jesús, en nuestro deseo de ser “pan partido para la vida del mundo”. La Eucaristía marcó profundamente la experiencia espiritual y la proyección apostólica de nuestro P. Fundador. Ella debe ser, para cada uno de nosotros, la fuente de donde bebemos esa agua que alimenta nuestra espiritualidad y que nos permite producir aquellos frutos que el mundo necesita para caminar hacia una vida más plena.
26. Vivir entusiasmados por nuestra vocación misionera claretiana es la primera condición para construir ese futuro que todos anhelamos. No se trata de promover vanos triunfalismos, sino de sentirnos profundamente gozosos de haber sido llamados a pertenecer a esta familia de evangelizadores y de consolidar nuestra adhesión sincera al proyecto de vida que la ha inspirado y le da sentido. Nuestro Fundador nos concebía como hombres de fuego, que arden en caridad y abrasan por donde pasan¹⁴.

¹² Cf. Aut 270

¹³ Cf. PTV 70.2

¹⁴ Cf. Aut 494

Una comunidad siempre misionera

27. Se han dado grandes cambios en la vida consagrada con relación al tema de la comunidad. En el documento de la CIVCSVA “La vida fraterna en comunidad”, publicado en el año 1994, se afirma que “el clima de convivencia ha mejorado; se ha facilitado la participación activa de todos, se ha pasado de una vida en común, demasiado basada en la observancia, a una vida más atenta a las necesidades de cada uno y más esmerada a nivel humano”¹⁵. Sin embargo, todos estaremos de acuerdo en afirmar que todavía nos queda mucho camino por recorrer para crear esas comunidades vivas y portadoras de vida que anhelamos.
28. Recojo un diagnóstico del último Capítulo General en el documento “*Para que tengan vida*”: “Somos muchos los misioneros claretianos que sentimos un profundo reconocimiento hacia la Congregación como nuestro ámbito de vida: valoramos a las personas, apreciamos sus obras, nos emocionamos ante sus símbolos. El Capítulo ha constatado, no obstante, un considerable grado de insatisfacción con respecto al desarrollo de la vida comunitaria... La insatisfacción comunitaria nos lleva a buscar otras pertenencias o a encerrarnos en nuestras responsabilidades, asumiendo actitudes individualistas o de rivalidad” (PTV 49-50). De ahí nacía una de las prioridades para este sexenio: “*Por eso, asumimos como prioridad fortalecer la comunidad como ámbito de vida y de compromiso apostólico*” (PTV 51).
29. Es curioso constatar la contraposición que se da con frecuencia entre el deseo de una mayor profundidad en la vida comunitaria y la falta de compromiso hacia ésta, que manifiestan, a veces, las mismas personas que expresan este deseo. Todos tenemos, sin embargo, experiencia de momentos intensos de vida fraterna que nos han ayudado a consolidar en nuestros corazones la adhesión profunda y sincera a la comunidad que el Señor nos ha regalado y a mantener firme nuestro compromiso de comunión con los hermanos. La comunidad es un don de Dios, un precioso don de Dios. En ella cada uno se convierte para los demás en sacramento del amor infinito del Padre de los cielos por sus hijos. Y, como comunidad, somos parábola de la novedad del Reino, signo de las nuevas relaciones que surgen entre las personas cuando los intereses del Reino ocupan el centro de sus vidas. En el Congreso mundial de la vida consagrada del año 2004, se escuchó con fuerza la voz de los religiosos jóvenes que pedían una mayor calidad en las relaciones comunitarias. Expresaban un anhelo profundamente enraizado en el corazón de cada uno de nosotros.
30. ¡Qué bello es encontrarse en las visitas con claretianos que se sienten felices en la comunidad y que desean esa misma experiencia para los demás hermanos! El P. Aquilino Bocos nos invitaba, en su circular “Hacia un renovado compromiso misionero” a conjugar algunos verbos en la cotidianidad de nuestra vida: confiar, cualificar, construir, hacer creíble, inculturar, dilatar, colaborar¹⁶. Habría ahora que ver cómo ampliar este diccionario y aprender a conjugar estos verbos en “distintas lenguas” en el seno de una comunidad que es cada vez más pluricultural. En la conjugación de todos estos verbos existe un sólo sujeto: “nosotros”. Un “nosotros” que es don y vocación, un “nosotros” que tenemos la obligación de cuidar y profundizar, un “nosotros” que -y son los dos nuevos verbos que añadiría- hemos de “agradecer” y “celebrar”.
31. ¿De dónde nacen la mayoría de los conflictos comunitarios? Se ha escrito mucho sobre este tema. Existen infinidad de libros y artículos con análisis y propuestas. El problema surge cuando queremos encarnar en el caminar cotidiano de nuestras comunidades dichas propuestas. Se

¹⁵ VFC 47

¹⁶ “Hacia un renovado compromiso misionero”. Carta circular del P. Aquilino Bocos. Roma, 1994, nn. 49-56

necesita una gran dosis de sinceridad y humildad para abordar el tema de la comunidad. La primera pregunta que nos debemos hacer tiene que ver con nuestras propias tendencias egoístas. Mientras el “yo” se piense desligado del “nosotros”, el camino de solución está cerrado. Mientras “mi” proyecto no se inserte plenamente en “nuestro proyecto” y éste no tenga prioridad sobre aquél, el paso hacia la “nueva comunidad” está lejos¹⁷. Existe, además, una dimensión de fe con relación a este tema: hay que creer que Dios mismo, en su Providencia infinita, me ha dado hoy estos hermanos para que con ellos y a través de ellos pueda ahondar la experiencia de su amor gratuito. ¡Qué bella la visión de fe que ilumina nuestra vida y nos ayuda a descubrir en la cotidianidad y en los hermanos la presencia del Espíritu del Señor que alienta nuestro caminar, siempre un tanto reticente e indeciso! Es importante examinar en la oración la propia experiencia de la comunidad. Ello nos ayudará a reconocer ante el Señor que conoce nuestros corazones, los prejuicios que nos dominan y nos impulsará a pedirle que nos purifique y capacite para amar. La comunidad está formada por personas con nombres y biografías bien concretas, con historias marcadas por el gozo y el sufrimiento, con deseos profundos de amar y ser amadas. Cuando nos sepamos aceptar, sin imponer exigencias ni proyectar en los demás nuestras propias deficiencias, ese deseo de amor será saciado.

32. Hay muchos otros aspectos en torno al tema comunitario sobre los que podríamos reflexionar. Quisiera referirme, sin embargo, a uno de ellos que seguramente no es el más importante, pero que se observa con una cierta frecuencia. Me da la impresión de que uno de los motivos que entorpecen unas relaciones más positivas y gratificantes entre los religiosos -entre nosotros, concretamente- es una especie de situación de inmadurez psicológica que delatan las actitudes y conductas de algunos. Parece como un eco de ese fenómeno creciente que se observa también en la sociedad en general y que algunos estudiosos han comenzado a identificar con el nombre de “middlescent” (en referencia a la palabra inglesa que identifica la adolescencia: “adolescent”) y que caracterizan como una etapa en la que las personas, a pesar de tener ya una edad que les coloca plenamente en el mundo de los adultos, siguen manifestando unos rasgos de insatisfacción, falta de equilibrio, cierto aburrimiento que conduce a la evasión, etc. que les sitúa psicológicamente más cerca de esa etapa de la vida que llamamos adolescencia. Es algo que hemos de afrontar con lucidez y decisión desde los mismos procesos formativos. ¿Qué les impide a algunos crecer hacia esa madurez que cabría esperar de personas consagradas y que, frecuentemente, están desarrollando tareas importantes dentro de las actividades apostólicas? No cabe duda de que los componentes culturales a que me refería juegan su papel en este tema. Hemos de reconocer que estos fenómenos nos pueden afectar también a nosotros y ello nos obliga a buscar aquellos instrumentos que favorezcan los procesos de maduración personal en los programas de la formación inicial y en todas las etapas de nuestra vida.
33. Nuestras comunidades son cada vez más multiculturales. Es un dato estadístico innegable. En muchas partes compartimos la vida hermanos que provenimos de contextos culturales diversos y que, por ello, tenemos sensibilidades distintas respecto a muchos temas: cultura, política, experiencia religiosa y eclesial, etc. Me he referido a ello en diversas ocasiones. El gran reto es pasar de la multi-culturalidad, que es una situación de hecho, a la inter-culturalidad, que es un proceso que exige un compromiso concreto por parte de las personas que forman la comunidad. Es un dato que se constató con claridad en el Capítulo General, él mismo parábola de esa pluralidad de culturas que existe hoy día en nuestra Congregación. Por ello el Capítulo no dudó en señalar: *“Por eso, asumimos como prioridad en la Congregación -en sus estructuras, instituciones y estilo de vida- la necesaria vía del diálogo intercultural”* (PTV 29). Este diálogo pide una actitud abierta por parte de todos los que están implicados en él. En las conversaciones

¹⁷ Cf. “Caminar desde Cristo”, n. 12. Cf. EMP 29.1

que he mantenido con muchos claretianos integrados en Provincias y Delegaciones distintas de sus Organismos de procedencia descubro, una y otra vez, los desafíos del diálogo intercultural. A quienes reciben a los hermanos provenientes de otras partes se les pide una actitud de apertura, disponibilidad a ser cuestionados y flexibilidad para ajustar sus criterios de modo que puedan acoger las aportaciones de quienes contribuirán a enriquecer la propia tradición cultural, eclesial y congregacional. A quienes llegan se les pide la humildad de reconocer que deben aprender, el respeto por la lengua, las tradiciones y los valores que constituyen el alma de los pueblos que les acogen, la apertura a los modelos pastorales de las iglesias donde van a trabajar. A ambos se les debe exigir un profundo enraizamiento en las fuentes de la identidad claretiana de donde va a surgir el agua que permitirá que crezcan y maduren los frutos de una verdadera comunión y de una proyección misionera eficaz.

34. Finalmente, quiero recordar que nuestras comunidades, en cuanto tales, han de ser “misioneras”. Ellas mismas deben ser signo y anuncio de la novedad del Reino. Su estilo de vida debe ser transparencia de los valores que Jesús quiso imprimir en el corazón de quienes llamó para “estar con Él y para ser enviados a anunciar el Evangelio”¹⁸. La estructura y el programa de nuestras comunidades han de posibilitar una acción misionera audaz y eficiente, que pueda responder a los desafíos pastorales más urgentes de cada lugar. La comunidad debería estar cuestionando constantemente la tendencia a la instalación y a la repetición de esquemas pastorales que se puede ir introduciendo en nuestras actividades apostólicas. La comunidad ha de ser, también, espacio de acogida para quienes buscan a Dios y para quienes sienten necesidad de un cariño y un respeto que, por motivos diversos, la sociedad les niega.
35. Seguir trabajando el tema de la comunidad es uno de los grandes desafíos que hemos de asumir en este momento congregacional. En muchos países la motivación vocacional no nace ya tanto del querer “hacer”, sino de la búsqueda de itinerarios consistentes de espiritualidad y de espacios que permitan vivir la experiencia de comunidades en las que los discípulos verdaderamente “se aman”. Ojalá la Eucaristía que celebramos cada día sea fuente y expresión de ese compromiso de cada uno hacia la comunidad¹⁹. Las Constituciones nos ofrecen, en el Capítulo I de la primera parte, unos textos que pueden dinamizar esta dimensión tan fundamental de nuestra vida. El camino hacia el futuro pasa por la cohesión de la comunidad. Un futuro con esperanza nace de una comunidad que sabe reproducir los rasgos que Jesús quiso que fueran el distintivo de quienes fueron llamados a ser sus discípulos y optaron por el proyecto del Reino. La cordialidad, característica de quienes son conocidos como “hijos del Corazón de María”, debería ser una impronta permanente de nuestras relaciones fraternas²⁰.

La promoción vocacional y la formación

36. La situación vocacional constituye el tema de mayor preocupación en bastantes Provincias y Delegaciones. No llegan nuevos miembros a nuestra comunidad. El crecimiento de la media de edad y las pocas previsiones de nuevas incorporaciones produce en muchos hermanos desaliento y provoca una cierta preocupación, e incluso angustia, sobre el futuro de la presencia claretiana en algunos lugares y sobre la continuidad de algunas obras muy queridas, creadas y llevadas con gran dedicación y sacrificio. Por otra parte, a medida que se prolongan los tiempos de sequedad vocacional se multiplican las dificultades para integrar a los nuevos candidatos que puedan ir llegando a una dinámica comunitaria que se va haciendo cada vez menos flexible por las mismas condiciones de la edad o el cansancio.

¹⁸ Cf. Mc 3,14. Cf. VC 51

¹⁹ Cf. CC 35

²⁰ Cf. EMP 20

37. Sé que nuestra Congregación no es “imprescindible” en la Iglesia y que el Reino de Dios se seguirá abriendo paso impulsado por muy distintas mediaciones, tanto dentro como fuera de la Iglesia. Pero creo firmemente que si el Señor ha suscitado nuestro carisma en la Iglesia y lo sigue suscitando es porque, en su Providencia, quiere que sigamos aportando algo que Él mismo considera importante para la Iglesia y su misión en el mundo de hoy. Al pensar en el tema vocacional, parto de esta sólida convicción básica. Es lícito aducir un conjunto de aspectos demográficos y situaciones socio-culturales, incluso eclesiales, desfavorables al analizar el tema del descenso del número de vocaciones en algunos países. Puede ser que nos estén pidiendo pensar en nuevas formas de vida consagrada. No excluyo que hasta nos puedan llevar a diseñar nuevos caminos de integración en nuestra propia comunidad. Pero es justo también que nos preguntemos sobre nuestro modo de vivir el Reino y sus valores, sobre cómo nuestra comunidad se hace transparencia de ellos y es capaz, por lo tanto, de atraer a quienes los buscan con un corazón sincero. No me sorprende que en una Provincia o Delegación en la que los Superiores encuentren serias dificultades para poder enviar a los religiosos jóvenes a sus misiones más comprometidas, haya escasez de vocaciones. El Señor nos quiere misioneros y solamente va a enviar a nuestra comunidad a quienes se sienten llamados a vivir este carisma, si nosotros mismos estamos dispuestos a ser fieles a él. ¿No necesitaremos, a veces, más desapego de muchas cosas que hemos ido acumulando personalmente o como grupo? ¿No será que todo esto nos quita libertad para cumplir la misión que el Señor nos ha confiado como misioneros?
38. En otras partes de la Congregación estamos experimentando un crecimiento vocacional muy notable, que nos llena de alegría y nos mueve a dar gracias al Señor. La acción de gracias es la actitud adecuada. Estamos contentos y agradecidos al Señor porque sigue suscitando, a través de mediaciones diversas, jóvenes que quieren sumarse al proyecto de vida misionera que se inspira en la experiencia espiritual y apostólica de Claret y sus compañeros. El segundo paso es el discernimiento. Un proceso que hay que realizar con mucho cuidado. El mismo Papa Benedicto XVI ha insistido repetidas veces en la necesidad de examinar diligentemente las motivaciones que impulsan a algunos jóvenes a llamar a las puertas de los Seminarios o de las familias religiosas²¹. El *Directorio vocacional claretiano* nos da criterios sólidos que han de guiar la selección de quienes aspiran a la vida misionera claretiana.
39. Quiero insistir en un punto: no basta querer ser “sacerdotes” para entrar en la Congregación; hace falta desear ardientemente “ser misioneros” y aceptar todas las consecuencias que se desprenden de esta vocación. La imagen del “sacerdote” que vige en algunos contextos culturales o eclesiales, demasiado celosa de subrayar la dimensión de la dignidad o excesivamente centrada en la gestión de las estructuras pastorales, no expresa los aspectos más fundamentales de la identidad claretiana. Para nosotros el servicio a la comunidad cristiana a través del ejercicio del ministerio presbiteral es una forma de realizar la vocación misionera, no la única ciertamente. Vivimos para anunciar el Evangelio y para hacer de nuestra vida un servicio a la humanidad. Éste ha de ser el punto de referencia fundamental para delinear nuestro modo de ser misioneros como ministros ordenados o como laicos consagrados. No nos podemos quedar tranquilos pensando que tenemos muchas vocaciones. Debemos cuidar su selección y estar siempre muy atentos a los procesos de discernimiento de modo que ayuden a valorar las motivaciones y la recta comprensión de la identidad claretiana por parte de los candidatos.

²¹ Se pueden ver las alusiones al tema en el discurso que hizo el 25 de julio de 2005 a los sacerdotes de la Diócesis de Aosta (Italia); en los discursos a algunos grupos de Obispos en visita ad limina: Obispos de Sudáfrica y Botswana (10 de junio del 2005), Obispos de Papua Nueva Guinea (25 de junio de 2005), Obispos de Ghana (24 de abril de 2006), etc. La cuidada selección de los candidatos al sacerdocio y a la vida consagrada y el discernimiento vocacional son temas recurrentes en las intervenciones de Benedicto XVI.

40. Es necesario insistir en la pastoral vocacional. Recordemos la formulación que el Capítulo General nos dejó: “*Por eso asumimos como prioridad la cualificación de la pastoral vocacional y de la formación; la consolidación del proceso formativo, la formación de los formadores y el acompañamiento espiritual para asegurar mejor la consistencia vocacional en todas las etapas de la vida*” (PTV 56). Quiero animar especialmente a aquellos Organismos que no palpan los frutos de sus esfuerzos a no cejar en su empeño, sino más bien a potenciarlo. Os propuse un renovado compromiso por la pastoral vocacional como respuesta congregacional al regalo que el Señor nos había hecho con la beatificación del mártir Andrés Solá²². Os indicaba que en la próxima Asamblea o Capítulo cada Organismo hiciera una evaluación a fondo de la situación de la pastoral vocacional para reafirmar el compromiso en esta área y buscar nuevos caminos de acción. Pido a los Superiores Mayores que le den prioridad en sus Organismos respectivos. Contáis con mi apoyo y podéis contar también con la colaboración del Secretariado General de pastoral vocacional.
41. La Congregación cuenta con el Plan General de Formación que marca unas pautas sólidas para los procesos formativos de quienes se preparan para la vida misionera claretiana. A partir del PGF las Provincias y Delegaciones han ido formulando o reformulando sus propios planes de formación de acuerdo a las exigencias de sus propios contextos culturales y eclesiales. Todo este esfuerzo es positivo y estoy seguro que va a traer frutos abundantes. Hay algunos aspectos que quisiera subrayar con relación al tema de la formación inicial, porque creo que inciden fuertemente en el futuro de nuestra Congregación.
42. El primer se refiere a *la preparación de formadores*. Es el fundamento para construir un buen proyecto formativo. Ante todo, quiero agradecer la dedicación generosa de muchos claretianos a la tarea formativa. Las Constituciones indican claramente la importancia de su misión²³. La falta de vocaciones en algunos Organismos puede llevar a descuidar la preparación de algunos claretianos para asumir responsabilidades formativas. El elevado número de candidatos en otros contextos congregacionales lleva, a veces, a la improvisación, con las repercusiones negativas que ello conlleva en un área de tan capital importancia para el futuro de la Congregación. Ambas situaciones son negativas para la Congregación. Cada Organismo ha de trabajar el proyecto formativo y prever la preparación de las personas que necesita para llevarlo a cabo. Es necesario definir bien el plan de especializaciones en función de las necesidades formativas y apostólicas de cada Provincia o Delegación. La colaboración entre varios Organismos en los programas formativos debe contemplar también la preparación de quienes van a asumir la responsabilidad de la formación. Las Conferencias de Provinciales y los Encuentros de formadores son foros adecuados para definir esta colaboración. Desde el Gobierno General se ofrece el programa de la “Escuela del Corazón de María” para profundizar los aspectos específicamente claretianos de los programas formativos. Todos los formadores o quienes se preparen para esta tarea deberían participar en la escuela.
43. No cabe duda de que la base para ser un buen formador es la fidelidad en la vivencia de los propios compromisos religiosos y el entusiasmo por la propia vocación. Una actitud de acogida y escucha es también un componente necesario para poder construir una relación fluida con los misioneros en formación. La presencia del formador en el Centro formativo es otro de los puntos sobre los que hay que insistir. Con frecuencia los formadores asumen otros ministerios en menoscabo de su dedicación a la misión primordial que les ha sido confiada. No se trata de rechazar cualquier otro servicio ministerial, muchas veces relacionados con la enseñanza en los

²² “P. Andrés Solá Molist, Mártir claretiano en México”, apartado 5, pg. 19

²³ Cf. CC 68; 77

Centros académicos donde estudian nuestros jóvenes, sino de asumirlos solamente en cuanto sean compatibles con el desempeño de su responsabilidad fundamental como formadores. El acompañamiento personal frecuente de los formandos es una de las claves del éxito de la formación y ello requiere muchas horas de dedicación, sobre todo cuando el número de estudiantes es elevado. Éste es uno de los aspectos que hay que evaluar bien en las visitas canónicas y en las reuniones del equipo formativo. Quiero hacer una llamada a la disponibilidad para asumir las responsabilidades formativas. Todos sabemos que son cargos que suponen una gran dosis de sacrificio. Hemos de apoyar decididamente el trabajo de los formadores y colaborar generosamente en los servicios que nos pidan. Como dicen las Constituciones: “La responsabilidad de la formación misionera, por su extraordinaria importancia, corresponde a toda la Congregación, a la Provincia y a la comunidad formativa”²⁴. No ahorremos esfuerzos en el campo formativo.

44. El ambiente cultural dominante en nuestra sociedad no facilita el cultivo de una profunda vida interior que constituye la base insustituible sobre la que se construye la respuesta vocacional. Por ello, habrá que privilegiar, en el proyecto formativo, los tiempos de silencio y oración personal como espacios indispensables para profundizar el contacto con la Palabra y la amistad con el Señor que nos llamó y nos sigue llamando. La celebración gozosa y cuidada de la Eucaristía diaria debe ser otro de los momentos privilegiados del programa formativo. Acercarse frecuentemente al sacramento de la reconciliación es otro aspecto fundamental para crecer en la fidelidad vocacional. Si, como dice Vita Consecrata, “el objetivo central del proceso de formación es la preparación de la persona para la consagración total de sí misma a Dios en el seguimiento de Cristo al servicio de la misión”²⁵, habrá que insistir en un itinerario educativo que ayude a conseguir aquella consistencia espiritual que permita pronunciar el “Sí” a la llamada desde el fondo del corazón y con una fuerza que ayude luego a repetirlo en cada una de las etapas de la vida.
45. Otro aspecto que quisiera subrayar tiene que ver con *la dimensión de maduración humana de nuestros formandos*. Nunca nuestros Centros formativos, incluso en los Organismos con economías dependientes del Gobierno General o de otros Organismos, han contado con tantos medios para llevar a cabo los programas formativos. Nos hemos de alegrar de ello y ser agradecidos a la generosidad de tantos misioneros claretianos que se esfuerzan en trabajar y ahorrar para que no falte lo necesario en las comunidades formativas. De todos modos, ese “disponer de todo” aparece, a veces -no siempre, afortunadamente- como factor negativo en los procesos de maduración de algunas personas. Son pocos los jóvenes entre los 20 y 30 años que puedan disponer de diez años o más para dedicarse exclusivamente a su preparación sin tener que preocuparse por las cuestiones económicas o por otros aspectos que tienen que ver con el desarrollo ordinario de la vida de cada día. Es verdad que nuestra formación ha de atender a muchos aspectos que no se contemplan en los procesos de preparación de otros estudiantes universitarios. Pero no lo es menos que esta situación de privilegio no ayuda a consolidar la interiorización de los valores que definen nuestra vida misionera. Permanecen, a veces, unas ciertas actitudes de reivindicación y de exigencias personales que manifiestan, de algún modo, esa situación de falta de madurez de que hablaba antes. Sin dejar de atender los diversos aspectos que interesan a la formación de nuestros estudiantes ni la dedicación necesaria y prioritaria al estudio, habría que buscar el modo de integrar en los programas formativos la dimensión del trabajo, sin excluir el trabajo manual, -en la misma casa de formación o fuera de ella, en estructuras pastorales o en otros centros- que ayude a tomar conciencia a nuestros formandos de su responsabilidad respecto al funcionamiento de la comunidad formativa. Por lo

²⁴ CC 76

²⁵ VC 65

menos, habría que indicar claramente la conveniencia de dar un enfoque distinto a su vida a quienes no muestren ese grado de madurez que cabe esperar de personas que optan por la vida religiosa y, concretamente, por la vida misionera claretiana.

46. Dentro de la maduración humana, el Capítulo General nos pidió que prestáramos una atención particular a la dimensión afectiva y sexual²⁶, no sólo por su importancia objetiva en la maduración de la persona sino también porque en ella se concentran muchas contradicciones de nuestro tiempo: por una parte, la invitación al permisivismo y, por otra, una gran exigencia de autenticidad y coherencia. Para ello es necesario ayudar a cada formando, mediante la autoevaluación, el coloquio personal y las revisiones de vida en común, a confrontarse con la verdad de sí mismo y con la realidad en la que vive, evitando actitudes escapistas, defensivas o cerradas. Pido a todos, especialmente a los superiores y formadores, que tengan muy en cuenta las Orientaciones dadas sobre algunos asuntos relacionados directamente con el voto de castidad²⁷.
47. Nuestras comunidades formativas son, cada vez, más interculturales. Hemos hecho una opción en este sentido. Ello facilita un enriquecimiento mutuo de los formandos que provienen de contextos culturales diversos y les prepara para los procesos de inculturación que revisten siempre dificultad. Insisto en la necesidad de que todos los formandos aprendan una lengua distinta de la propia que facilite el intercambio congregacional y los servicios misioneros. Para los estudiantes destinados a Provincias o Delegaciones distintas de su Organismo de origen, hemos previsto un itinerario formativo que permite garantizar, a la vez, una iniciación sistemática a la vida misionera claretiana y el tiempo necesario para la obligada inculturación en el lugar donde van a ejercer su ministerio. Quiero agradecer a los equipos formativos su generosidad en asumir el esfuerzo suplementario que supone la atención a este tipo de comunidades interculturales.

ACENTOS EN NUESTRO PROYECTO PASTORAL DURANTE ESTE SEXENIO

48. El capítulo General nos señaló tres elementos como aspectos a potenciar durante este sexenio en el ámbito del apostolado: la misión compartida, la misión en diálogo, y la solidaridad con los pobres y excluidos. Quisiera comentar brevemente cada uno de ellos.

La misión compartida

49. Se trata de un tema sobre el que todos estamos todavía en fase de clarificación y búsqueda. Hay algunos elementos que me parece importante tener en cuenta al hablar del mismo. Primeramente creo que es fundamental tomar conciencia del concepto de misión que estamos manejando. La “misión” es el sustantivo, “compartida” es el adjetivo que nos indica un modo de entenderla y realizarla. Se trata de esa misión que “pertenece a todos” y a la que nosotros nos sumamos desde nuestra vocación específica. Parece una obviedad, pero es importante. Es “nuestra” misión, pero con un “nosotros” que supera los límites de nuestra Congregación o Provincia. Es, ante todo, la misión de la Iglesia que, fiel al mandato de Jesús, sigue anunciando el Evangelio del Reino a

²⁶ Cf. PTV 55; 73.3

²⁷ Me refiero al documento enviado a los Superiores Mayores el 23 de Noviembre del 2003 con el encargo de que lo comentaran en los foros que consideraran más adecuados en orden a darlo a conocer a los miembros de sus Organismos.

todos los hombres y sirviendo a la causa de aquellos a quienes, según el mismo Jesús, les pertenece: los pobres, los pacíficos, los que trabajan por la justicia, los que sufren... Es más, se trata también de la misión que Dios confió a toda la humanidad de tener cuidado de su creación y de construir una historia fraterna y solidaria. A esa misión “nos sumamos”. Ahí nace la actitud que nos prepara a asumir las exigencias que se puedan desprender de esa “misión compartida”. Luego, tendremos que ver qué nos toca aportar a cada uno, cómo armonizar nuestros carismas, cómo articular nuestras acciones en favor de un proyecto común, que es decisivo para el futuro de la humanidad.

50. Ello significa que no podemos pensar nuestros proyectos desde nosotros mismos y los intereses de nuestra institución, sino desde las urgencias evangelizadoras globales y teniendo en cuenta la complementariedad de vocaciones y carismas en la Iglesia. Por eso el capítulo nos urge a “*asumir como prioridad que la misión compartida sea nuestro modo normal de misión y que todos los claretianos aceptemos las consecuencias que esto tiene en nuestra espiritualidad, en la pastoral vocacional, en los procesos formativos, en la vida comunitaria, en el trabajo apostólico y en las instituciones de gobierno y economía*” (PTV 37). La misión compartida nos exigirá analizar la situación concreta del lugar donde trabajamos y del mundo en general y descubrir con quiénes y cómo estamos llamados a compartir la tarea de realizar el Proyecto de Dios y discernir cuál debe ser nuestra colaboración específica. A partir de ahí, habrá que definir cómo plasmar de forma concreta esta conciencia en las obras de nuestra Congregación o a través de la colaboración a las iniciativas de otros grupos. Esto significa abrir cauces para una participación corresponsable y dinámica de los seculares.
51. El Capítulo nos pidió abrir nuevos caminos de misión compartida²⁸ y nos animó a promover la presencia de los seculares en los consejos pastorales de los Organismos, en los equipos de animación y en las posiciones apostólicas²⁹. Valoro muy positivamente los esfuerzos de muchas Provincias y Delegaciones que están implementando estas orientaciones de un modo sistemático y creativo en las diversas áreas de nuestro apostolado: equipos misioneros, pastoral juvenil y vocacional, pastoral social, pastoral educativa, pastoral parroquial, etc. La participación de los seculares les está ayudando a infundir un nuevo dinamismo en las actividades pastorales y les está obligando a definir mejor la especificidad del aporte que nos toca hacer desde nuestro carisma. Hay que programar bien los procesos de formación de los seculares que entran a formar parte de los consejos pastorales y equipos responsables de las actividades apostólicas, pero también nos hemos de preparar nosotros mismos para saber aceptar la aportación de los seculares y secundar las decisiones que tomen en el ejercicio de las responsabilidades que les han sido confiadas. La Prefectura General de Apostolado ha realizado un taller sobre el tema de la “misión compartida” que nos va a ayudar a todos a profundizar nuestra comprensión de este concepto y a encontrar caminos nuevos para darle un cauce operativo en todas las posiciones apostólicas.
52. Quiero hacer aquí una mención especial del *Movimiento de los Seglares Claretianos*. Me da la impresión de que no acaba todavía de encontrar en algunos Organismos y comunidades de nuestra Congregación aquella acogida que correspondería. Algunos todavía se preguntan: ¿qué es un secolar claretiano? El “Ideario del Secular Claretiano” nos ofrece una respuesta cabal y bien articulada a esta pregunta. Sin embargo, me atrevo a sintetizar: el secolar claretiano es aquel o

²⁸ “Que las comunidades con obras apostólicas promuevan y abran decididamente *nuevos caminos de misión compartida* y regulen su funcionamiento” (PTV 66.1)

²⁹ “Que los superiores y responsables de las obras apostólicas de la Congregación, promuevan, tras la debida consulta a la comunidad, la presencia de los seculares en los consejos pastorales de los Organismos, en los equipos de animación y en las posiciones apostólicas” (PTV 66.3)

aquella seglar que se siente llamado (se trata, pues, de una vocación) a vivir de un modo más radical la dimensión misionera de su identidad cristiana y que encuentra en San Antonio M. Claret una inspiración o motivación poderosa para ello (éste es el aspecto específicamente carismático). Llegan a conectar con la experiencia espiritual y apostólica de S. Antonio M. Claret por mediaciones diversas que el Señor, en su Providencia, ha dispuesto. No es infrecuente que sea a través de su relación con algún misionero claretiano o con alguna comunidad o actividad de la Congregación. Las personas que han recibido esta llamada del Señor la comparten en un grupo, que les ayuda a crecer en la respuesta a la misma y les sostiene en el compromiso misionero a través del que, como seglares, expresan su vocación claretiana. Ahí nace el Movimiento de los Seglares Claretianos, al cual bastantes de estos seglares se adhieren. El Movimiento les ofrece una experiencia de universalidad en la vivencia de este don carismático y una garantía de fidelidad a la vocación recibida en el discernimiento del proyecto de vida y misión de cada grupo. Acompañar los procesos de formación de estos seglares y la vida de los grupos es una de las tareas que se nos pide y que deberíamos acoger con entusiasmo y cariño. Una colaboración activa no merma, en modo alguno, la autonomía que debe existir en la relación entre la Congregación y el Movimiento de Seglares Claretianos. Buscar espacios para compartir la oración y el modo de entender y vivir el carisma claretiano con estos seglares, nos va a ayudar a nosotros mismos a descubrir nuevos rasgos en él y nos animará a vivirlos con mayor radicalidad y entusiasmo.

La misión solidaria

53. Pablo VI había escrito en la encíclica “*Populorum Progressio*” que la Iglesia “*se estremece*” ante el grito angustiado de los pueblos que viven situaciones de injusticia, y hacía un llamamiento a todos a responder con generosidad a dicha situación³⁰. Este “estremecimiento” o “conmoción” ante la realidad de la injusticia experimentada por tantos millones de seres humanos es el primer paso para un compromiso serio por la justicia y la paz. Observamos en nuestra sociedad un grado muy notable de insensibilidad. Muchos se han acostumbrado a que las cosas sean así y han ido cayendo en una especie de fatalismo que les inmoviliza. De ahí, que para una acción decidida en favor de la justicia y para poner en marcha verdaderos movimientos de solidaridad sea necesario ese contacto directo con la realidad de los pobres y oprimidos. Pablo VI, en el número 4 de dicha encíclica, comenta precisamente la experiencia concreta que tuvo de esa situación en sus viajes a América Latina, África, Tierra Santa y Asia. En el saludo que le dirigía al Papa Juan Pablo II durante la audiencia que concedió a los miembros del último Capítulo General, le manifestaba que: “Nuestra reflexión y búsqueda están orientadas por aquellas palabras de Jesús: “Para que tengan vida”. Y es que nos hace estremecer la realidad de tantas situaciones de muerte que descubrimos en nuestro mundo. La experiencia dolorosa de millones de hombres y mujeres, con quienes compartimos la vida cada día, nos ha inducido a hacer del ‘servicio a la vida’ la línea maestra de nuestra vida congregacional en los próximos años”³¹.

54. Por esta razón en el Capítulo “*asumimos como prioridad la solidaridad con los pobres, los excluidos y los amenazados en su derecho a la vida, de modo que esto repercuta en nuestro estilo de vida personal y comunitario, en nuestra misión apostólica y en nuestras instituciones*” (PTV 40). ¿Qué ha cambiado en nuestra vida? ¿Qué pasos hemos dado para expresar concretamente esta prioridad? O quizás nos tengamos que preguntar con mayor radicalidad:

³⁰ “La Iglesia, conmovida ante gritos tales de angustia, llama a todos y a cada uno de los hombres para que, movidos por amor, respondan finalmente al clamor de los hermanos” (PP 3). En algunas lenguas han traducido la expresión latina por la palabra “estremecerse”.

³¹ “*Para que tengan vida*”. Saludo del Superior General a Juan Pablo II, pg 63.

¿Nos afecta y estremece verdaderamente la situación de injusticia que viven tantas personas? ¿Nos inquieta? El documento capitular nos decía que es esencial “dejarnos tocar” por los pobres³². ¿Tienen estos pobres y excluidos un rostro y un nombre para nosotros, más allá de las imágenes que nos transmiten los medios de comunicación social? Doy testimonio de que he visto comunidades claretianas y claretianos que viven con radicalidad y generosidad este compromiso. Ellos contribuyen a mantenernos despiertos y vigilantes y nos impulsan a integrar en nuestra acción pastoral, sea cual fuere, esta dimensión de solidaridad y el compromiso por la justicia que son inherentes a un anuncio creíble del Reino. Pero también he de confesar con tristeza que encuentro todavía algunos hermanos nuestros demasiado despreocupados de esta dimensión tan fundamental en un ministerio que quiera ser verdaderamente profético.

55. La colaboración con quienes buscan la transformación del mundo según el designio de Dios es, para nosotros, una consigna constitucional³³. ¿Por qué nos cuesta todavía dar forma concreta a esa prioridad en nuestros proyectos comunitarios y pastorales? Una de las claves que nos guió en la lectura bíblica que hicimos a través del proyecto PALABRA-MISIÓN fue, precisamente, el compromiso por la vida. Recordemos los títulos de los seis volúmenes del proyecto: I. “Pentateuco: para que el hombre viva”; II. “Profetas: para que el pueblo viva”; III. “Sinópticos y Hechos: El Reino ha llegado” (es el Reino de la vida); IV. “Pablo: Anuncio de vida para culturas distintas”; V. “Juan: confesar la vida en un mundo hostil”; VI. “Sapienciales y salmos: ríos de vida”. ¿Nos hemos dejado trabajar por esta Palabra que nos ha acompañado durante estos últimos años? Era, pues, natural que el tema del Capítulo General se explicitara en la frase del Evangelio de Juan: “*Para que tengan vida*”³⁴. Hay que interesarse por los temas que están relacionados con la Justicia, la Paz, el cuidado de la Creación y la Solidaridad. Hemos de aprender a trabajarlos y hemos de animar a otros a asumílos con pasión. En nuestra pastoral juvenil, en nuestras parroquias, en la predicación y en la pastoral educativa, en los Centros de estudios eclesiológicos superiores, en la pastoral social y en nuestras publicaciones, debería encontrar una fuerte resonancia esta prioridad. El Secretariado General de Justicia y Paz y los responsables provinciales están dispuestos a ayudarnos a reforzar esta dimensión.
56. Con otras Congregaciones nos estamos haciendo presentes en los foros mundiales donde se fraguan las decisiones que afectan la vida de millones de seres humanos³⁵. Nuestra contribución será pequeña, casi insignificante, pero no debe faltar. Son nuevos areópagos a los que hay que llevar la luz y el sabor del Evangelio³⁶. Son espacios de diálogo y de construcción de redes con quienes buscan una alternativa a las situaciones de injusticia y opresión presentes en nuestro mundo y son, también, espacios para la denuncia que siempre ha acompañado el ministerio profético. En nuestra Congregación hemos de seguir potenciando esta dimensión y lo hemos de hacer creativamente, contemplando dentro de los procesos de revisión de posiciones la posibilidad de comenzar nuevas iniciativas en esta línea. A veces da la impresión de que nos falta lucidez para emprender nuevos servicios misioneros fuera de las estructuras tradicionales de apostolado. Una acción misionera que pretenda ser relevante en nuestro mundo ha de estar abierta a salir hacia esos foros de diálogo con la sociedad civil y con muchos grupos de personas

³² Cf. PTV 67.1

³³ “Compartiendo las esperanzas y los gozos, las tristezas y las angustias de los hombres, principalmente de los pobres, pretendemos ofrecer una estrecha colaboración a todos los que buscan la transformación del mundo según el designio de Dios” (CC 46)

³⁴ Cf. Jn 10,10

³⁵ Me refiero a la participación del encargado del Secretariado General de JPIC y de otros claretianos en algunas sesiones de comisiones de las Naciones Unidas, en la asociación “Africa Europe Faith and Justice Network”, en los Foros mundiales o continentales alternativos, etc.

³⁶ Cf. RMi 37; VC 96ss; CdC 45

que, movidos por tradiciones religiosas diferentes a la nuestra o por ideologías de profundo carácter humanista, buscan transformar el mundo según el designio de Dios.

57. Casi todas las Provincias y Delegaciones están creando o consolidando las Procuras Misionales como instrumento concreto para expresar la solidaridad. Es algo que me produce una profunda alegría. La Procura crea conciencia misionera y ayuda a recoger los recursos económicos necesarios para llevar a cabo muchos proyectos en favor de los más desfavorecidos, sobre todo en las misiones. Gracias a todos por el esfuerzo que estáis realizando. Podemos hacer más. En algunos sitios todavía no se ha hecho un planteamiento suficientemente a fondo sobre este tema. Nuestras misiones necesitan apoyo para muchas de las obras que están realizando. Nuestros seminarios necesitan una ayuda económica para poder responder a las exigencias de una buena formación. Sin claretianos que se responsabilicen de los proyectos y trabajen al lado de los pobres y excluidos no podremos llevar adelante las obras de solidaridad. En las Procuras habría que saber integrar el trabajo de mediación hacia las instituciones que facilitan fondos y el contacto directo con tantas personas con quienes tenemos o hemos tenido alguna relación (ex-alumnos de nuestros centros educativos, colaboradores en distintos apostolados, etc.) y que están dispuestas a colaborar en favor de las obras que lleva a cabo la Congregación. No olvidemos nunca el horizonte de la misión universal de la Congregación cuando planteemos el trabajo de nuestras Procuras en las Provincias y Delegaciones.
58. No quiero cerrar este apartado sin proponer una pregunta concreta sobre nuestro estilo de vida. Hemos de estar siempre muy atentos porque el consumismo nos va penetrando y ya nos parece “normal” lo que hasta hace poco se consideraba un lujo y lo sigue siendo para muchas personas que viven a nuestro alrededor. El Papa nos decía a los Superiores Generales en la audiencia a la que ya me he referido antes: “Junto a una indudable entrega generosa, capaz de testimoniar la donación total, la vida consagrada experimenta hoy día la insidia de la mediocridad, del aburguesamiento y de la mentalidad consumista”³⁷ Una pequeña parte de los habitantes del mundo consumen la mayor parte de lo que sería necesario para todos. Conocemos todas las estadísticas. ¿Dónde nos situamos? Son preguntas concretas que nos incomodan. Se aduce que no hay que ser minimalistas. Pero yo creo que nos hemos de confrontar sinceramente con ellas. Es verdad que la nuestra es una pobreza “apostólica”, que exige contar con los medios necesarios para el trabajo pastoral. Pero ello no puede ser nunca una excusa para adoptar un estilo de vida que no resista una confrontación seria con las situaciones de pobreza y exclusión que están, desgraciadamente, tan presentes en nuestro mundo. El estilo de vida es también un barómetro de la solidez de nuestro compromiso por la justicia y la solidaridad, y de nuestra conciencia ecológica.

La misión en diálogo

59. El proceso imparable de la globalización ha cambiado los parámetros de las relaciones entre los pueblos. La movilidad se ha convertido en una de las características principales de nuestro tiempo. Las culturas y las religiones se encuentran y han de aprender a convivir. Estamos asistiendo a conflictos que nos alertan sobre el peligro de actitudes cerradas al diálogo o de la manipulación de los sentimientos religiosos y culturales de la gente por parte de quienes controlan los centros de poder y quieren aumentar sus áreas de dominio o influencia. Todo ello ha contribuido a traer al centro de nuestras preocupaciones y prioridades el tema del diálogo. El mismo Capítulo General era una parábola de esa interculturalidad que marca profundamente

³⁷ Discurso del Papa Benedicto XVI a los Superiores y Superiores Generales en la audiencia que les concedió el día 22 de mayo de 2006

nuestro momento histórico. “Por eso asumimos como prioridad la inculturación del Evangelio por medio del diálogo ecuménico, interreligioso e intercultural en todas nuestras obras misioneras” (PTV 45).

60. En el horizonte del apostolado de la Congregación y en el horizonte de la misión evangelizadora de la Iglesia *el diálogo interreligioso* aparece como una exigencia insoslayable. Ello supone algunos cambios tanto en nuestra mentalidad como en nuestras estrategias pastorales. Por una parte, nos lleva a situarnos con gran respeto frente a todas las tradiciones religiosas y a saber descubrir en ellas los caminos que han sido para muchas personas mediación de su relación con Dios y que han contribuido a forjar los valores sobre los que se han construido miles de años de historia y de cultura. Por otra parte, nos obliga a pensar sobre el sentido y el método de la evangelización a partir de ese reconocimiento. La Congregación está cada vez más presente en zonas donde el cristianismo es la fe de una minoría exigua de la población. En el año 1997 se celebró en Sri Lanka un taller sobre “El servicio misionero de la Palabra y el diálogo con las religiones” organizado por la Prefectura General de Apostolado³⁸. Fue un taller que nació como respuesta a la inquietud de algunos claretianos que desarrollaban su actividad apostólica en contextos donde el cristianismo era minoritario. Pero, además, quería poner en marcha una reflexión sobre las implicaciones que la nueva actitud de la Iglesia con respecto a las religiones no cristianas tenía para nuestra misión como servidores de la Palabra. El taller quería contribuir a iluminar la opción congregacional por la “Missio ad gentes”, definida también frecuentemente como “Missio inter gentes”. El tema del diálogo interreligioso va a estar cada vez más presente en la cultura congregacional. Deberíamos incentivar algunas experiencias concretas en este campo y promover el estudio de este tema en todos nuestros centros y programas formativos. El diálogo entre las religiones debe ser una contribución muy importante a la creación de una verdadera cultura de la paz en nuestro mundo.
61. *El ecumenismo* es otro de los ámbitos donde la Iglesia realiza un ejercicio serio y responsable de diálogo. Es una alegría comprobar cómo en muchas actividades claretianas esta dimensión está muy presente. Nos queda, sin embargo, todavía mucho camino por recorrer. Faltan en la Congregación expertos en esta área. Según los distintos contextos culturales el ecumenismo toma formas diversas y hay que saber sumarse con decisión a las muchas iniciativas que existen en las iglesias particulares. El ecumenismo se construye desde la base, donde cristianos de distintas tradiciones eclesiales, unidos en una misma fe y comprometidos en el anuncio de un mismo Evangelio, se encuentran para escuchar la Palabra del Señor y alabarlo. Es una lástima que no podamos compartir la Eucaristía, el sacramento de la comunión. Este dolor debería ser una motivación constante para un trabajo ecuménico incansable.
62. *El diálogo con la cultura*, con todas las culturas, constituye otro punto de máximo interés para una Congregación misionera como la nuestra. Nos pide respetar las culturas de los pueblos a los que hemos sido enviados: su lengua, su historia, sus anhelos y sus luchas para construir unas bases sólidas que les permitan mantener la identidad dentro de un mundo en el que se percibe una imposición de las culturas dominantes. En la historia de nuestra Congregación hay capítulos maravillosos de misioneros que se convirtieron en verdaderos especialistas de las culturas de los lugares donde habían sido enviados. Hoy día la gente los reconoce como “suyos”, expresando aquel sentido de comunión con el pueblo que les distinguió y que debería ser el deseo más profundo del corazón de todo misionero. Hay que dedicar tiempo a aprender la lengua del lugar, a estudiar su cultura, a sentirse orgulloso por la historia de ese pueblo, a compartir sus sueños de

³⁸ El taller se celebró en Kandy (Sri Lanka) del 25 de febrero al 5 de marzo de 1997. Las Conclusiones fueron publicadas en un folleto editado por la Prefectura General de Apostolado y todos los trabajos del taller fueron recogidos en un dossier que se envió a las Prefecturas Provinciales de Apostolado.

futuro. Es verdad que hay que hacer una lectura crítica de la historia y de la cultura, pero deberá ser siempre una lectura crítica a la que no le falte el amor de quien se siente, de corazón, parte de ese pueblo.

63. El diálogo con la cultura conlleva varias exigencias. La cultura evoluciona, no es estática; y, por ello, va produciendo nuevos paradigmas de pensamiento, nuevas formas de vivir y de expresarse, nuevos modelos de sociedad. El diálogo con la cultura exige atención a la realidad y dedicación al estudio. Creo que ésta es una palabra que hemos de interiorizar más todos los claretianos. Nuestros programas de formación permanente deberían contemplar una atención a la realidad cultural que nos ayude a adquirir un lenguaje relevante para la gente y nos capacite para situarnos crítica y evangélicamente ante los nuevos desafíos culturales de nuestra sociedad. Hay temas muy complejos de los que no tenemos obligación de ser especialistas, pero sí necesidad de conocerlos porque son fuente de preocupación para muchas personas que quieren vivir las exigencias de su fe en este momento histórico. Por otra parte, sin un seguimiento atento de los movimientos culturales de nuestro tiempo, resulta muy difícil entrar en un diálogo fecundo con el hombre de hoy, en el que nuestra palabra pueda aportar luz y despertar una genuina pasión por la búsqueda de la verdad. Para implicarse en un diálogo serio y abierto con la cultura hay que amarla. No se puede andar por el mundo simplemente condenando. Habrá que ser crítico, ciertamente, pero hay que amar todo lo mucho de bueno que hay en este mundo en que nos ha tocado vivir.
64. Finalmente, me alegro del esfuerzo que tanto el Gobierno General como algunos Organismos están haciendo para cualificar a su personal y para crear obras que puedan tener un impacto fuerte en el área del pensamiento teológico, jurídico, filosófico, o en los diversos ámbitos de la cultura y de la ciencia. Se han creado nuevos Institutos de Estudios Superiores Eclesiásticos y se han puesto en marcha algunos proyectos que tienen como meta el establecimiento de centros educativos de nivel universitario. Son proyectos muy interesantes que pueden ayudar a hacer más incisiva nuestra tarea evangelizadora. Ello no nos puede hacer olvidar, sin embargo, el compromiso que seguimos manteniendo en las misiones y que queremos seguir consolidando y promoviendo con todas nuestras fuerzas.

La reorganización de la Congregación y sus implicaciones

65. Sobre la reorganización congregacional venimos hablando desde hace muchos años. Es un tema que preocupa a muchas Congregaciones que están dando pasos decisivos en este sentido. El Capítulo General se pronunció con mucha claridad: *“Por eso, asumimos como prioridad en el gobierno de la Congregación la organización más equilibrada y eficaz de nuestros Organismos y la revisión de posiciones apostólicas”* (PTV 26). Y pidió, concretamente, al Gobierno General que *“impulse y lidere con decisión los procesos de reorganización de Organismos Mayores y de revisión de posiciones dentro de cada Organismo, según los criterios de nuestra legislación”* (PTV 74.1). Estamos intentando asumir responsablemente este mandato capitular. Es un tema sobre el que hablé en la reunión de los Superiores Mayores tenida en Vic el mes de Septiembre del 2004, un año después de la conclusión del Capítulo. Os remito al texto del Dossier del Encuentro³⁹. Quiero, sin embargo, recordar en esta carta circular los objetivos y criterios que ya expuse en aquella ocasión y que fueron refrendados por todos los Superiores Mayores y enriquecidos con sus aportaciones.

³⁹ *“Dossier-Informe. Encuentro de Superiores Mayores”*. Vic (España) 2004. El folleto del Dossier fue enviado a todas las comunidades de la Congregación.

66. En cuanto a *los objetivos* que perseguimos con el proceso de reorganización, insistí en los siguientes:
- a. Posibilitar una mejor atención a las urgencias misioneras de nuestro mundo.
 - b. Asegurar la vitalidad misionera tanto de los Organismos en crecimiento como de otros que se encuentran en una línea descendente con relación al número de personal.
 - c. Posibilitar una mejor organización de las comunidades y equipos atendiendo a las necesidades de las personas y a las exigencias del trabajo apostólico.
 - d. Posibilitar proyectos pastorales más significativos y ayudar a dar un impulso más decidido a la revisión de posiciones.
 - e. Buscar una mejor organización de los procesos formativos de los Organismos.
 - f. Racionalizar el número de personas dedicadas al ejercicio del gobierno.
 - g. Posibilitar una mejor atención a las casas y actividades de régimen generalicio.
67. Para llevar a cabo la reorganización son necesarios algunos *criterios* que nos permitan superar las dificultades inherentes a procesos de esta índole y avanzar a un ritmo razonable hacia el cumplimiento de los objetivos propuestos. Señalamos los siguientes criterios:
- a. Tener en cuenta las estadísticas de personal de los Organismos y las previsiones de futuro, tanto en lo referido a la situación vocacional como a la edad de las personas.
 - b. Cuidar de que se respeten las características culturales de los Organismos en los proyectos de reorganización.
 - c. Contribuir a la consolidación de las nuevas fundaciones.
 - d. Cuidar de que la reorganización de Organismos vaya acompañada de la revisión de posiciones.
 - e. Dar importancia al diálogo con los miembros de los Organismos interesados, especialmente con los Gobiernos de los mismos que deberán ser los animadores de estos procesos en sus Provincias o Delegaciones.
 - f. Informar, en lo que corresponda, a los seglares que forman parte de los equipos de animación de las diversas áreas pastorales de los Organismos sobre los procesos de reorganización.
 - g. Poner en marcha procesos con objetivos claros a corto (menos de tres años) y medio plazo (hasta seis años), que permitan avanzar hacia las metas propuestas y evaluar los pasos que se van dando.
68. Sobre el tema de la revisión de Organismos se dieron pasos importantes en los sexenios anteriores y se ha continuado avanzando en los tres primeros años del mandato de este Gobierno General. Limitándonos a estos últimos tres años, se han constituido ya las Delegaciones Independientes de Indonesia-Timor Leste y del África Central. Ha quedado ya determinada la fecha de constitución de la nueva Provincia de Santiago, en España, que va a reunir en una las actuales Provincias de Aragón, Castilla y León. Se han diseñado los procesos de constitución de las Delegaciones Independientes del Noreste de la India y del Noroeste de Nigeria. El Gobierno General ha puesto también a revisión las casas y actividades que dependen directamente de él. La casa y las obras de Buen Suceso, en Madrid (España), pasarán a la nueva Provincia de Santiago; en Roma se está buscando una reorganización de las casas dependientes del Gobierno General y prevemos integrar algunas otras obras y misiones que se encuentran bajo el cuidado directo del Gobierno General en los Organismos Mayores de la zona. Se está potenciando la coordinación de los Proyectos formativo y pastoral de las Misiones de Kenia, Tanzania y Uganda, pensando en la constitución de una futura Delegación o Provincia Claretiana del África Oriental.

69. Algunas Provincias y Delegaciones, aunque a ritmos diversos, están comprometidas en procesos de reflexión sobre una posible reestructuración. Se trata de procesos abiertos en los que buscamos, teniendo presentes los criterios establecidos, la mejor solución en vista de los objetivos señalados.
70. La reorganización, sobre todo cuando se trata de reunir varios Organismos en uno solo, conlleva bastantes dificultades. Una Provincia o una Delegación no son una simple suma de casas, actividades e individuos. Son realidades vivas en las que sus miembros se conocen y han convivido y donde se ha creado lo que podríamos llamar una “cultura provincial”. Por eso, produce cierto miedo dar el paso hacia lo nuevo porque se teme perder lo que se tiene sin la seguridad de conseguir algo más positivo. Es imposible avanzar en este proceso si no somos capaces de situarnos en una perspectiva más universal. Es muy difícil convencernos de la necesidad de crear esas nuevas estructuras si no analizamos a fondo los desafíos de la misión y las posibilidades reales que tenemos de responder a ellos. Una reflexión en profundidad nos descubrirá, seguramente, que la capacidad de respuesta a los nuevos retos de la misión y de la formación se acrecienta disponiendo de bases más amplias para diseñar nuestros proyectos. La misma naturaleza de una Congregación misionera exige esa flexibilidad en la determinación de las estructuras organizativas, que han de estar siempre sometidas a un proceso de revisión en función de su objetivo misionero. Por otra parte, existe una cierta inercia que nos lleva a acomodarnos, a no cambiar, especialmente cuando los años de permanencia en un mismo sitio o el tiempo de existencia de una determinada estructura se van prolongando. La permanencia prolongada en un mismo puesto o los años de duración de una estructura no son, en sí mismos, ni buenos ni malos. Todo dependerá de las exigencias de la misión confiada que, a veces, exige estabilidad. Pero habrá que estar atentos para que la disponibilidad propia de la vida misionera no se vea mermada por ello.
71. Algunos invocan para oponerse a estos procesos de reorganización las heridas sufridas en la división, años atrás, de Provincias y Delegaciones a las que ahora se pide una reflexión que contempla, entre otras posibilidades, su fusión en un nuevo Organismo. Entiendo, ciertamente, el miedo a verse inmersos de nuevo en experiencias dolorosas de otros tiempos. Las heridas han de sanarse, pero, generalmente, ha habido ya tiempo para ello. Pienso que estas circunstancias no deben constituir una razón para bloquear las nuevas posibilidades de futuro que se abren en este momento. Ahora es necesario afrontar con un nuevo espíritu el futuro, trayendo al centro de nuestro corazón lo que nos une, el carisma claretiano, y lo que da razón de nuestra vida, la misión de anunciar el Evangelio. Creo que con un espíritu abierto es posible avanzar en el sentido que nos ha indicado el Capítulo General y hacerlo en tiempos relativamente cortos.
72. Desde el Gobierno General seguiremos trabajando en esta línea a través de los dinamismos normales del ejercicio del gobierno: visitas canónicas, Capítulos Provinciales y Asambleas. Pero no vamos a descuidar las visitas de animación y la participación en momentos significativos de la vida de las Provincias y Delegaciones como pueden ser los ejercicios espirituales, las reuniones de superiores y otros foros que ayudan a interiorizar las decisiones y a propiciar las actitudes necesarias para llevarlas a cabo.
73. Unido a este tema está el de la permanencia o no de la Congregación en algunos lugares donde la edad media de los claretianos que forman parte de ese Organismo es bastante alta y las perspectivas vocacionales no son, en modo alguno, halagüeñas. ¿Hemos de seguir presentes en esos lugares? ¿Tiene sentido el esfuerzo que estamos haciendo para mantener una presencia que no sabemos, a fin de cuentas, cuánto va a durar? Me refiero, principalmente a algunas presencias en Europa y en América, quizás también a alguna en el Oriente de Asia. El Capítulo

General nos dijo: *“El Gobierno General cuidará que cada Organismo cuente con el personal suficiente y los recursos necesarios para desarrollar con normalidad su proyecto de vida y misión, según estas orientaciones capitulares”* (PTV 74.2). Antes de determinar las estrategias que van a hacer posible la continuidad de la Congregación en esos lugares, es lícito preguntarse por la oportunidad de dichas presencias. Yo estoy convencido de que bastantes de esas presencias son muy importantes para el actual momento que vive la Congregación.

74. Tres razones principales me mueven a hacer esta afirmación. Por una parte, existen unas urgencias pastorales evidentes. En el caso de Europa, por ejemplo, es necesario redoblar los esfuerzos misioneros ante pueblos que van construyendo su futuro al margen de la dimensión religiosa, presente en el corazón de cada ser humano y factor decisivo en la verdadera humanización de la sociedad. Hay que devolverles el alma a muchas sociedades europeas para que no dejen de ser solidarias y sepan apreciar el don de la vida y ponerse a su servicio. Hay que acompañar a quienes, en medio de esta nueva situación cultural, se esfuerzan en profundizar su experiencia de fe y orientar toda su vida desde ella. Una segunda razón es de estrategia congregacional. A nadie se le oculta que, gracias a la generosidad de la Provincia de Alemania, hoy muchos claretianos pueden seguir ejerciendo su misión entre los pobres en diversas partes del mundo, y todos estaremos de acuerdo en afirmar la importancia que puede tener nuestra presencia en Francia en un momento en que la Congregación experimenta un crecimiento notable en las naciones del África francófona, por mencionar solamente dos ejemplos. Finalmente, existe un tercer motivo que me impulsa a afirmar la necesidad de seguir presentes significativamente en Europa y América, y es la profundización del diálogo intercultural en el seno del Instituto. Ciertamente me entusiasma ver cómo la voz de Asia y de África crece y se consolida en el conjunto de la Congregación. Para desarrollar un verdadero diálogo intercultural necesitamos dar estos pasos. Pero nuestro diálogo se quedaría muy limitado y nuestra misma Congregación se vería tremendamente empobrecida si la voz de América y de Europa se fuera debilitando hasta hacerse casi imperceptible en el conjunto de la vida del Instituto. América y Europa siguen siendo fuentes de pensamiento y generadoras de cultura. Y es importante que esta voz siga viva dentro de ese gran diálogo que nos ha de enriquecer a todos.
75. No tengo la menor duda de que el problema de la falta de presbíteros que se prevé, por ejemplo, en la iglesia europea deberá encontrar una solución en nuevos planteamientos pastorales y disciplinares en el seno de la misma. No podemos buscar la solución simplemente en el envío de presbíteros de otras partes del mundo. Pero tampoco dudo de que la presencia en Provincias y Delegaciones de Europa o de América de hermanos nuestros de otras zonas geográficas de la Congregación puede hacer posible la continuidad de una actividad misionera relevante en esos lugares, que, por otra parte, se verá enriquecida con su aportación. A ellos, como ya dije antes, se les va a pedir un esfuerzo importante para inculturarse en los nuevos pueblos a los que son enviados, y a quienes los reciben se les exigirá apertura y profundo sentido fraterno. Ahora bien, si queremos que estos destinos sean significativos en el sentido que estoy hablando no queda sino esperar que el compromiso de quienes son destinados tenga un horizonte de permanencia prolongada. A ello obedece la orientación hacia la incardinación en esas Provincias y Delegaciones de quienes son destinados.

Llamados a compartir

76. Me queda todavía por comentar otra prioridad que señaló el Capítulo General y que se refiere a la economía de la Congregación. Estableció el Capítulo: *“Por eso, asumimos como prioridad una mayor solidaridad de los Organismos Mayores con el Gobierno General y que éste incremente lo más posible el patrimonio y los fondos propios para responder a las necesidades*

globales de la Congregación” (PTV 63).

77. Las estadísticas congregacionales señalan una tendencia de crecimiento en las zonas del mundo que están más marcadas por dificultades económicas y un descenso en aquellas que gozan de mayor bienestar. Ello tiene, indudablemente, un impacto fuerte en la economía congregacional. Si hace unos años era, más o menos, el 75% de la Congregación el que tenía que apoyar económicamente al 25 %, actualmente esta relación está sufriendo unos cambios notables. Puede ser que, al final del actual sexenio, la relación se sitúe en términos del 50%, una mitad tendrá que apoyar a la otra mitad.
78. Tanto en la reunión del Gobierno General con los Superiores Mayores, celebrada en Vic en septiembre del año 2004, como en el Encuentro de los Eónomos provinciales, celebrado en Colmenar Viejo en el mes de septiembre del año 2005, se estudió a fondo el tema económico. En la última Circular que os envié después de las sesiones intensivas del Gobierno General del pasado mes de marzo, os indicaba algunos proyectos que estamos promoviendo. No se entenderían si no nos situáramos en una perspectiva universal de Congregación y no sintiéramos las necesidades de los nuevos Organismos como algo que nos afecta también a cada uno. Porque nos interpela la misión y porque nos interesa el futuro de la Congregación, damos estos pasos que a algunos les van a suponer sacrificio. Estamos muy atentos para que no sufran las actividades que se verán afectadas por dichos cambios; por el contrario, en diálogo con los interesados, procuraremos que éstos se conviertan en una oportunidad de renovación y de abrir dichas actividades a nuevos horizontes.
79. Quiero insistir en lo que les decía a los ecónomos provinciales, reunidos en Colmenar Viejo el año pasado. Les recordaba algunos principios y líneas de acción que consideraba y sigo considerando cruciales en este momento congregacional con relación al área de la economía:
- a. Afirmación en la vida personal y comunitaria de los valores que hemos asumido al consagrarnos a Dios con la profesión religiosa y al comprometernos a observar las Constituciones con todo el cuidado posible. Lo he dicho repetidamente: es la base, la condición “sine qua non”. Sin una fidelidad a estos valores vividos con profunda alegría no será posible avanzar en este campo.
 - b. Una visión congregacional más universal e inclusiva, que nos permita sentir como propias las necesidades de los demás.
 - c. Una planificación económica seria y rigurosa, que resulta imposible sin una estricta disciplina presupuestaria y un control continuo de la aplicación de los presupuestos.
 - d. Programación de un ulterior esfuerzo para la optimización del rendimiento del patrimonio y demás recursos económicos.
 - e. Fortalecimiento de la Administración General.
 - f. Organización de una sólida Procura de Misiones tanto a nivel general como en cada uno de los Organismos
 - g. Acompañamiento cercano por parte del Gobierno General de los Organismos que no tienen autosuficiencia económica.
 - h. Estudio y aplicación de las normas de la IV parte del Directorio, que trata sobre la organización de la economía en la Congregación.
 - i. Integración del tema de la economía en los procesos de formación inicial.
80. Nuestra economía ha de estar siempre abierta a una dimensión de solidaridad con los pobres. Es un aspecto que no puede faltar y que ha de encontrar resonancia en nuestras actitudes y expresión concreta en nuestros presupuestos y en nuestro estilo de vida. En las visitas canónicas y en las reuniones evaluativas de nuestra vida de comunidad, deberíamos confrontarnos con este

tema y ver cómo estamos expresando esta dimensión de solidaridad que es parte esencial de las exigencias de la vida cristiana.

CONCLUSIÓN

81. Estamos viviendo todavía el tiempo litúrgico de la Pascua. Durante estas últimas semanas nos han acompañado, especialmente, tres libros de la Escritura: el Evangelio de Juan, el libro de los Hechos de los Apóstoles y el Apocalipsis. En ellos encontramos unas claves que nos invitan a vivir el presente con una profunda actitud de fe y a situarnos frente al futuro llenos de esperanza. El Evangelio de Juan nos ha ido introduciendo en el misterio de la comunión con Jesús y con su proyecto. Esa maravillosa meditación que Juan pone en labios de Jesús en el contexto de la última cena hace llegar hasta nosotros el latido del Corazón del Maestro que el mismo Juan escuchó aquella noche. Una comunión que nos sumerge en la experiencia del amor del Padre y nos abre hacia el amor fraterno, distintivo de la comunidad de los discípulos de Jesús. El Señor nos promete su Espíritu que transforma los corazones y abre la inteligencia a la comprensión del Misterio de su Pascua. Los Hechos de los Apóstoles nos han acercado al caminar de la primera comunidad cristiana, caracterizado por la escucha de la Palabra, la partición del pan -memoria de la entrega pascual del Señor-, la comunión de corazones y de bienes y la proyección misionera. El libro del Apocalipsis acrecienta en nosotros el anhelo de los nuevos cielos y la nueva tierra, donde el deseo de amor de nuestro corazón será colmando plenamente por la experiencia de la ternura del Padre de los cielos que enjuga Él mismo nuestras lágrimas y nos impulsa al compromiso de ser hoy, en el aquí y ahora de nuestra historia, signos creíbles de esa patria que todos anhelamos.
82. María nos ha acompañado como icono de esa confianza total en el amor del Padre. Al pie de la cruz siguió repitiendo su Magnificat, acompañado en esa ocasión por el llanto de la Madre que pierde a su Hijo pero sustentado por la esperanza indefectible en la promesa de Dios a su Pueblo. A Ella, a su Corazón, lleno del Espíritu, confiamos nuestro presente y nuestro futuro.
83. Concluyo recordando aquella definición del misionero que nos dio nuestro Padre Fundador y que quería que cada uno de nosotros llevara siempre consigo: *“Un hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa. Que desea eficazmente y procura por todos los medios encender a todos los hombres en el fuego del divino amor. Nada le arredra; se goza en las privaciones; aborda los trabajos; abraza los sacrificios; se complace en las calumnias; se alegra en los tormentos y dolores que sufre y se gloria en la cruz de Jesucristo. No piensa sino cómo seguirá e imitará a Cristo en orar, en trabajar, en sufrir, en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de los hombres”* (CC 9). Estas palabras nos señalan con claridad el futuro hacia el que hemos de caminar. Releerlas y vivirlas en los distintos contextos en los que estamos trabajando hoy los miembros de la Congregación exige mucha audacia y generosidad. Le pido al Señor que no nos falten. Del compromiso por hacer realidad en nuestras propias vidas esta visión del Fundador dependerá nuestra capacidad de generar un futuro nuevo y, a la vez, plenamente fiel a nuestras fuentes carismáticas.

Roma, 31 de mayo de 2006
Fiesta de la Visitación de María

Josep M. Abella Batlle, cmf.
Superior General

INDICE

Introducción	
Mantener vivo el carisma.....	
Vivir con radicalidad la dimensión profética de la vida consagrada	
Una nueva situación congregacional.....	
PARA AVANZAR EN FIDELIDAD CREATIVA A NUESTRO CARISMA	
Entusiasmados por nuestra vocación misionera claretiana	
Una comunidad siempre misionera.....	
La promoción vocacional y la formación	
ACENTOS EN NUESTRO PROYECTO PASTORAL DURANTE ESTE SEXENIO	
<i>La misión compartida</i>	
<i>La misión solidaria</i>	
<i>La misión en diálogo</i>	
La reorganización de la Congregación y sus implicaciones	
Llamados a compartir.....	
Conclusión	

WITNESSES AND MESSENGERS OF THE GOD OF LIFE

Promoting the priorities set by the XXIII General Chapter

CIRCULAR LETTER TO ALL CLARETIAN MISSIONARIES

INTRODUCTION

Dear brothers:

1. At midpoint in the sexennium for which this General Government was elected, I thought it opportune to share with all of you a reflection that may help us to take stock again of the objectives assigned for this period and to spur us on to make a more decisive commitment toward keeping alive in each one of us, as well as in our communities and activities, the charism that the Lord has given us, both for the life of the world and for the good of the whole Church. To do this, I am going to highlight some aspects that I consider particularly important at this time, following the priorities that were set for us by the General Chapter itself.

Keeping the Charism Alive

2. The previous sexennium introduced the custom of offering the new Major Superiors some days in order to get together and study in the General Curia. This program aims at helping those newly elected to the ministry of governance in our community to discover the distinct dimensions inherent

in it and to assume their new responsibility from the more universal viewpoint of the Congregation as a whole. One question that always arises in these gatherings is the one that seeks to define the primordial mission of the Major Superior. There can be no doubt, from an evangelical viewpoint, that the mission of the Major Superior is “to take care of his brothers,” that is, to accompany them on their way of growth as consecrated persons, as missionaries sent to proclaim the Good News of the Kingdom. Related to this fundamental mission is one unavoidable responsibility of the Major Superior: to keep our charism alive.

3. Our charism is the reason for our existing as a Congregation in the Church and in the world. God raised up our charism through Saint Anthony M. Claret and he keeps raising it up through those who feel called to join this family of evangelizers. It is a gift, a treasure that we have received from the Father and must painstakingly take care of. It is a charism, which, like all charisms, has some traits that are permanent and others that are conditioned by historical and cultural circumstances. We must learn, then, how to re-read and re-express this charism in each historic moment and in distinct cultural contexts, so that it can continue to be meaningful and life-giving, both for those who have been graced with it and for those who receive the fruits of the missionary action that it raises up.

4. The last General Chapter, summing up a long journey of congregational discernment, gave us some keys for living our charism during this sexennium and marked out for us a horizon toward which to orient the missionary action that this charism is giving rise to in our community: the service of life. The Chapter Document took as its title an expression from the Gospel of John: “*That they may have life.*” As you know, the document clearly spells out the priorities for the sexennium, as well as the proposals to make them operative.

Living radically the prophetic dimension of consecrated life

5. In the audience that Pope Benedict XVI granted to men and women Superiors General on May 22, 2006, after expressing his gratitude to the consecrated for their commitment in spreading the “good aroma of Christ” (see 2 Cor 2:15) in the Church and in the world, he reminded us that today we have “the mission of being witnesses of the transfiguring presence of God in a world that is increasingly more disoriented and confused, a world in which shades have replaced bright and genuine colors.” The Pope singled out, as a characteristic of religious, their *belonging to the Lord above all else*, and he explained that “belonging to the Lord means being on fire with his incandescent love and being transformed by the splendor of his beauty.”⁴⁰ There lies the wellspring from which the consecrated life must drink in order to fulfill its prophetic mission in today’s world.

6. In the document that sums up the process followed during the “International Congress on the Consecrated life,” organized by the Unions of men and women Superiors General and held in Rome in November 2004, it was stated that “*our desire to respond to the signs of the times and places has led us to discover the consecrated life as a passion: a passion for Christ, a passion for humanity.*”⁴¹ This beautiful expression struck a deep chord in our hearts and opened up our hope toward the future we want to keep building from the standpoint of this vision of the consecrated life.

7. We can only be impassioned for something when the object that gives rise to this sentiment really occupies the center of our hearts and our lives. The center that integrates our lives is Christ, his

⁴⁰ Discourse of Pope Benedict XVI in audience to men and women Superiors General, 22 May 2006. OSSERVATORE ROMANO, 23 May 2006.

⁴¹ “*Passion for Christ, passion for humanity.*” International Congress on Consecrated Life. Rome, November 2004

passion for the Kingdom –the great project of the Father—and his compassion for humanity.⁴² This is the fount that keeps the prophetic dimension of the consecrated life alive. The apostolic exhortation on Consecrated Life invites us to meditate on the permanent wellspring of prophecy. “True prophecy is born of God, from friendship with him, from attentive listening to his word in different circumstances of history. Prophets feel in their hearts a burning desire for the holiness of God and, having heard his word in the dialogue of prayer, they proclaim that word with their lives, with their lips and with their actions, becoming people who speak for God against evil and sin. Prophetic witness requires the constant and passionate search for God’s will, for self-giving, for unfailing communion in the Church, for the practice of spiritual discernment and love of the truth. It is also expressed through the denunciation of all that is contrary to the divine will and through the exploration of new ways to apply the Gospel in history, for the building of the Kingdom of God.”⁴³

8. The International Congress of the Consecrated Life was a clear witness to the fact that this life is alive in the Church and that it ardently desires to radically fulfill the mission that the Lord has entrusted to it. It therefore wishes to let itself be transformed by Christ’s passion, which leads it to embrace his passion for humanity. Only in this way will it be truly prophetic. In his discourse during the above mentioned audience, the President of the Union of Superiors General manifest this to the Pope: “We want to be a visible sign of the face of the Father and to remake the image of God so that it may be recognized and respected in each and every person, especially the poor and those who are suffering.”⁴⁴

9. During the Congress we were accompanied by two very evocative biblical icons: that of the *Samaritan woman* who goes to look for water and finds the living water,⁴⁵ and that of the *Good Samaritan* who feels compassion for his neighbor and allows this compassion to determine the course of his life.⁴⁶ It is true: at all the wells where we go in search of a water that will never cease to slake our thirst, and on all the roads that we travel at the urging of our preoccupations and projects, the Lord is waiting for us, offering us the water that will well up within us and appealing to our compassion in order to create new relationships that manifest the newness of the Kingdom. Our thirst, our conversation with the Master who penetrates the different spaces of our life with his Word, our readiness to abandon the jar that only holds water that can never slake our thirst, our care for a new relationship with God in spirit and in truth and the inner call to share the experience of liberation that arises from the presence of God in our lives: these are, among others, traits that we encounter in the icon of the Samaritan woman. Empathy, tenderness, nearness and mercy are accents that we encounter in the icon of the Good Samaritan. From him we learn a way of traveling that obliges us to pay attention to all the surprises that the road has in store for us, he teaches us to contemplate the face of God in the suffering face of our brother and to kneel down beside fallen humanity without “excusing ourselves” from the demands of the commandment of love, which is translated into concrete gestures and commitments. In this sense, only a “Samaritan religious life” will be able to express the prophetic dimension which our vocation encloses.

10. In the Japanese language, the ideogram for the word “busy” is made up of two strokes: the one on the left means “heart” (in the sense of soul or spirit) and the one on the right means “to lose” or “to disappear.” Thus the ideogram describes the situation of a person who has forgotten what is most important, who has lost sight of the center that unifies all dimensions of his being and fills

⁴² “His only concern is how he may follow Christ and imitate him in praying, working, suffering and striving constantly and solely for the greater glory of God and the salvation of humankind” (CC 9). See also CC 4.

⁴³ VC 84.

⁴⁴ Greeting of Bro. Alvaro Rodriguez Echeverria, FSC, president of the Union of Superiors General in the audience granted by Pope Benedict XVI to Superiors General on 22 May 2006

⁴⁵ See Jn 4:1-42.

⁴⁶ See Lk 10:30-37.

each one of his actions with meaning. He walks about somewhat lost in his own projects. This is a wakeup call for the consecrated life. We have to keep alive “the soul” of the consecrated life so that it may continue being the source of the meaning and the dynamic power of the many wonderful activities that we of the consecrated life are carrying out. Out of this will come the future that we long for and that the Church is asking of us as consecrated persons.

A new congregational situation

11. The Congregation has experienced some very important changes in its human geography during these last years. Today the Congregation is made up of 3,121 Claretians, distributed into 36 Major Organisms and 10 general houses on the five continents. Approximately one third of the Claretians are in Europe, another third in America and another third in Asia and Africa. However, the statistics project a strong diminution of the third part living in Europe, the maintenance of the third part in America and the continuing growth of the part in Asia and Africa. In twelve years we could reach a situation in which the distribution of the Congregation’s personnel might be one half in Europe and America, and the other half in Asia and Africa. All of this would entail consequences in the diverse areas of our congregational life. I will keep noting this throughout this circular letter, but it is good to take stock of it in an overall way at the beginning of this reflection.

12. There is a continuing decrease in the number of Claretians who have been formed near the geographic and cultural places and contexts in which our Institute had its origins. Doubtless, the integration of persons coming from new cultures with distinct sensibilities involves a great enrichment of our cultural and spiritual patrimony, but it also obliges us to seek new ways to keep alive the connection with our origins. The growing multiculturalism of the Congregation demands that we build a deeper communion in what gives us our cohesion and unity, namely, the missionary charism of Saint Anthony M. Claret.

13. Our formation processes have had to integrate the intercultural dimension in order to prepare persons to live in a Congregation that is deeply marked by this sign. There has been a multiplication of Formation Centers that receive students from diverse parts of the Congregation in view of the new assignments that have been made foreseeing the future of our Organisms. The growing number of missionaries in formation in recently constituted Provinces and Delegations has obliged us to make an effort in preparing formators, and it has required the collaboration of formators from other Organisms that have responded generously, despite their own lack of personnel. We have had to make a great effort to translate the texts of the Founder and of the Congregation that are fundamental in formation processes. The building of new formation centers is one of the permanent concerns of the General Government.

14. The apostolate of the Congregation is opening up to new fields and broadening its horizons. The greater presence of the Congregation in zones where Christians are a minority has led us to a more in-depth treatment of the theme of interreligious dialogue. Our growing location in countries that are suffering because of poverty and exclusion has obliged us to organize more systematically our Mission Procures and to reinforce our action in the field of Justice, Peace and Solidarity. The new cultural situations of our world call for different pastoral setups that often oblige us to go beyond the boundaries of the traditional structures of apostolate. The intensification of collaboration with the laity, which is the fruit of a new ecclesial consciousness and also (though it pains us to admit it) of a lack of our own personnel, is asking of us a greater commitment to shared mission.

15. Perhaps the time is coming for us to redefine the Missionary Project of the Congregation, not because the options spelt out in “The Mission of the Claretian Today” (MCT) are no longer valid or

necessary,⁴⁷ but because the situation of our world has changed, the evangelizing awareness of the Church has been enriched by reflection on newly emerging themes (interreligious dialogue, the dialogue with culture and the new questions arising from technological advances, etc.) and the congregational subject has been transformed, being much more plural now than it was in 1979. This is a theme that will have to be considered when we begin thinking about the next General Chapter during the meeting of Major Superiors in 2008. We want our missionary projection to continue being meaningful for the Church and for the world, and we desire that the Congregation should maintain and increase its prophetic thrust.

16. Finally, this new congregational situation has some very strong repercussions in the area of economy, which I will analyze in greater detail when I deal with this theme. I assure you that I am often strongly affected by the letters that I often receive from the Major Superiors and Economes of some Provinces and Delegations, sharing their concerns and asking for urgent helps in order to face the growing needs of their Organisms. It is true that we must learn to advance gradually. Excessive haste often leads us to very uncomfortable situations. One can't have everything at the start. It would be good to review the history of the Congregation and see how we went about building and consolidating missions and new Organisms as they were being created. The pioneers always relied on solidarity with their brothers, but they gave proof of a great spirit of sacrifice, which was expressed in their readiness to renounce many things and in their gladness to undergo the limitations inherent in beginnings. At any rate, the need to respond to the new economic situation of the Congregation is an urgent and preoccupying theme.

17. As I glance at the Congregation, even before I begin this reflection, I can do no less than to call attention to two important events: one of them we have already taken part in, the other we are preparing to celebrate. They are –as you will have already guessed—the beatification of Fr. Andrew Solá Molist, a Claretian martyr in Mexico, and the commemoration of the second centenary of the birth of Saint Anthony M. Claret this coming year of 2007. As regards the beatification, I sent you a year ago a circular letter in which I invited you to celebrate joyfully the memory of our brother martyr and offered you some guidelines so that the celebration might awaken a missionary dynamism in each one of us and in our communities.⁴⁸ As regards the commemoration of the second centenary of our Founder's birth, I will write to you later on. At any rate, the Center of Claretian Spirituality is already preparing some initiatives in collaboration with the Province of Catalunya. In another order of things, we are gladdened by two new foundations that we have been able to make recently: the community groups in continental China, and the mission in Mozambique. I spoke to you of these projects in my last circular, sent after the intensive Councils of March this year.

TO ADVANCE IN CREATIVE FIDELITY TO OUR CHARISM

Being enthusiastic about our Claretian missionary vocation

18. This is the first condition for building a future full of life: to live with enthusiasm for our Claretian missionary vocation. How often we have been told about love for our vocation!⁴⁹ To

⁴⁷ "The Mission of the Claretian Today." Document of the XIX General Chapter, 1979, nn. 160-179.

⁴⁸ "Father Andrés Solá Molist Claretian Martyr in Mexico." Rome, 28 March 2005.

⁴⁹ See CC 67.

accept it as a precious gift, to take it up as the hidden treasure for which we should be willing to sell everything,⁵⁰ to live it as a way of personal realization that projects our life toward God and toward our brothers and sisters, as a way that makes us bear fruit and generate new life: these are fundamental aspects of love for the vocation we have received. The last General Chapter singled out as one of the priorities for this sexennium: *“We choose as a priority the cultivation of our own vocation in fidelity to our evangelical and charismatic roots, expressed in the Constitutions”* (THL 48).

19. Being enthusiastic for our Claretian vocation means joyfully assuming the project of life that is born of the virtues that define it, as expressed in the Constitutions. I believe that we have to turn more frequently to this “book of life.” It is sad to see that all too often it remains as one of the texts we studied during the novitiate, but does not accompany us closely during the rest of our life. The Congregation, faithful to the orientations of the Second Vatican Council, made a great effort to integrate into the text of the Constitutions the fundamental aspects of the spiritual and apostolic experience of Saint Anthony M. Claret and offered it to us as a sure way for living the following of Jesus in the community of evangelizers to which we have been called. The three volumes of the Commentary on the Constitutions, published some years ago under the title of “Our Project of Missionary Life,” allow us to delve deeply, from a theological and historical perspective, into the riches of our constitutional text and help us to assimilate its contents in a more systematic manner.

20. Many initiatives have been taken during recent years in order to unfold the immense wealth of our spiritual patrimony and to offer it as nourishment for our daily walk. The Congress on Claretian Spirituality, held in 2001, was in this sense a moment of special richness, both in the great number of Claretians who participated in the whole process and also in the quality of the contents that it offered us. Besides this, we can cite the weeks of Claretian studies held in Vic, the workshops organized by the General Prefectures, the two workshops on Claretian spirituality organized by CICLA, various experiences and programs of Claretian renewal (Encounters of Claretian Renewal, the Forge, etc.), and the many studies that have been published in the last years. The Circulars of the Superiors General have constantly invited us to take up this marvelous heritage to incarnate it in our lives today and to express it in our projects as prophetic words and actions able to raise up new life. And after all this effort we may well ask: Has it been given a sufficient response on the part of all of us? We can count on a rich teaching, able to stimulate a vocational response in each and every one of us and to fill our pastoral commitment with prophetic dynamism. But this teaching has not yet managed to penetrate sufficiently the minds and hearts of many Claretians. It is little known. It is, however, heartening to know that there have been Provinces, Delegations and communities that have carried out systematic programs that have helped them to assimilate all this great trove of charismatic stimuli. Other brothers have learned to set aside in their personal project of life the times needed in order to allow all of this literature to become a stimulating message for their spiritual life and their missionary action.

21. The spiritual itinerary which these documents propose leads us to a truly missionary spirituality that opens us up to the challenges of places and of history read and discerned in the light of the Word shared in community and with the people, and helps us to respond to them. The importance that we want to give to our spirituality is also reflected in the creation of the General Prefecture of Spirituality and of Provincial Prefectures in some Organisms.

22. I want to issue a call to everyone to value this great doctrinal wealth that we have and to assimilate the fruits of the huge effort that has been put forth. In our personal project let us

⁵⁰ See Mt 13:44.

concretely set aside special times for this purpose. A person always knows better what he truly loves. I would like it if every day, in every community, some explicit reminder of the Constitutions were made in one of the moments of community prayer. To listen every day to the reading of one number of the Constitutions would help us to keep closer contact with this text that sets forth for us the project of life to which the Lord in his Providence has called us, inviting us to grow ever deeper in knowing and living it.

23. Two years ago, in order to promote a greater and deeper knowledge of the figure of our Fr. Founder and of the spiritual patrimony of the Congregation, we established in Vic a Center for Claretian Spirituality (CESC), which gathers and broadens the objectives that were established for the Claretian Secretariat more than 40 years ago. A team of Claretians is working full time in this Center. They have already initiated several projects aimed at fulfilling the objectives assigned to them. Besides this, the General Government has invited the recently created Provinces and Delegations to send some of their members to specialize in Claretian themes. The Organisms of IBERIA have committed themselves to assume the costs of this project. We have spoke insistently on inculturating our charism. We have expressed the desire that the Claretians of the new cultural contexts in which the Congregation has become present during the past few years should offer us their own keys for reading our charismatic patrimony and help to discover in it new dynamic elements for our life and for our missionary commitment. This will not be possible without personnel who are seriously prepared to carry out this task. In all Formation Centers of the Congregation we have begun to hold yearly Weeks of Claretian Studies, animated by the General Prefecture of Formation. I would remind all Major Superiors and formators of the importance of this initiative, which aims at familiarizing our future missionaries with the Tradition of the Congregation and by so doing to keep alive the contribution that we must make to the evangelizing task of the Church from the standpoint of our specific charism.

24. The efforts carried out in recent years to reinterpret and enhance our Cordimarian sonship have to keep on bearing mature fruits. As Sons of the Heart of Mary we want to receive the Word, incarnate it in our life and announce it with new ardor. We feel sent forth by Her to fight against all that is opposed to the Kingdom of God.⁵¹ Our original name —“Sons of the Immaculate Heart of Mary”—expresses our missionary identity. One would hope that the progressive substitution by our other official name —“Claretian Missionaries”—would never lead us to forget what our Founder meant to tell us with the original title.

25. The putting into practice of the General Chapter’s request for a project to intensify the living of the Eucharistic dimension of our charism is still pending.⁵² The Eucharist is a fundamental reference for religious community. In it we keep growing, with Jesus, in our desire to be “bread given for the life of the world.” The Eucharist profoundly marked the spiritual experience and the apostolic projection of our Fr. Founder. For each of us it should be the fount from which we drink the water that nourishes our spirituality and enables us to bear those fruits that the world needs in order to walk toward a fuller life.

26. To live our Claretian missionary vocation with enthusiasm is the first condition for building the future that we all long for. It is not a matter of promoting some vain forms of triumphalism, but rather one of feeling glad to have been called to this family of evangelizers and of consolidating our sincere adherence to the project of life that has inspired that family and given it meaning. Our Founder conceived of us as men on fire, who burn with charity and spread its fire wherever we go.⁵³

⁵¹ See Aut 270.

⁵² See “That they may Have Life” (THL 70.2).

⁵³ See Aut 494.

An always-missionary community

27. There have been great changes in the consecrated life relating to the theme of community. In the *Congregation for Institutes of Consecrated Life and Societies of Apostolic Life's* document, "Fraternal life in community", published in 1994, it was stated that "the climate of living together has improved; the active participation of all has been facilitated; we have passed from a life in common, overly based on observance, to a life that is more attentive to the needs of each member and more caring on a human level."⁵⁴ Nevertheless, we will all agree that there is still a long way for us to go in order to create the kind of living and life-giving communities that we long for.

28. I will cite the last General Government's diagnosis in its document "*That they may have life*": "Many of us Claretian Missionaries feel a deep gratitude toward the Congregation as our life-giving environment: we value its people, we appreciate its works and we are moved by its symbols. Nevertheless, the Chapter has detected a considerable degree of dissatisfaction in regard to the development of community life. Dissatisfaction with community leads us to look for other types of belonging or to lock ourselves into our own responsibilities, assuming individualistic and competitive attitudes" (THL 49-50). This gave rise to one of the priorities for this sexennium: "*Therefore, we choose as a priority to strengthen the community as an environment that fosters life and apostolic commitment*" (THL 51).

29. It is curious to note the contrast that often exists between the desire for greater depth in community life and the lack of commitment toward it that is sometimes manifested in the very persons who express this desire. Nevertheless, we have all experience some intense moments of fraternal life that have helped us to consolidate in our hearts a deep and sincere adherence to the community with which the Lord has gifted us, and to remain firm in our commitment to communion with our brothers. Community is a gift from God, a precious gift from God. In it, each one of us becomes for the other a sacrament of our heavenly Father's infinite love for his children. Moreover, as community, we are a parable of the newness of the Kingdom, a sign of the new relationships that arise between persons when the interests of the Kingdom occupy the center of their lives. In the World Congress on the consecrated life held in 2004, we heard loud and clear the voices of young religious who were asking for greater quality in community relationships. They were expressing a longing that was deeply rooted in the heart of each one of us.

30. How beautiful it is, during visits, to meet with Claretians who feel happy in community and desire the same experience for the rest of their brothers! In his circular letter "Toward a Renewed Missionary Commitment," Fr. Aquilino Bocos invited us to conjugate some verbs in our everyday life: trust, qualify, build, make credible, inculturate, expand and collaborate.⁵⁵ He would now have to look for ways of amplifying this dictionary and of learning to conjugate these verbs in "distinct languages" in the midst of a community that is becoming more and more multicultural. In conjugating all of these verbs there is only one subject: "we": a "we" that is a gift and a vocation, a "we" that we have an obligation to care for and deepen, a "we" that we have –and these are two new verbs to add—to "be thankful for" and "celebrate."

31. What gives rise to most community conflicts? Much has been written on this subject. There are endless books and articles with analyses and proposals. The problem arises when we want to incarnate these proposals into the daily run of our communities. We need a large dose of sincerity and humility in order to tackle the theme of community. The first question we should ask has to do

⁵⁴ Fraternal Life in Community, n. 47.

⁵⁵ "Toward a renewed missionary commitment". Circular Letter of Fr. Aquilino Bocos, Rome, 1994, nn. 49-56.

with our own selfish tendencies. As long as we think of the “I” as cut off from the “we,” the way to a solution is closed. As long as “my project” is not fully inserted into “our project,” and ours does not have priority over mine, then any move toward the “new community” is far off.⁵⁶ Moreover, there is a faith-dimension related to this theme: we have to believe that God himself, in his infinite Providence, has given me today these particular brothers so that with them and through them I can deepen the experience of his gratuitous love. What a beautiful vision of faith that illumines our life and helps us to discover in our everyday existence and in our brothers the presence of the Spirit of the Lord who nourishes our walk, which is always somewhat reticent and indecisive! It is important for us to examine in prayer our own experience of community. This will help us to acknowledge before the Lord, who knows all hearts, the prejudices that dominate us, and it will impel us to ask him to purify us and enable us to love. A community is made up of persons with quite concrete names and biographies, with histories marked by joy and suffering, and with deep desires to love and be loved. When we learn how to accept one another, without imposing demands or projecting on others our own deficiencies, this desire for love will be satiated.

32. There are many other aspects on the theme of community that we could reflect on. Nevertheless, I would like to refer to one of them that is surely not the most important, but is observed with a certain frequency. I get the impression that one of the motives that hinders some of the most positive and gratifying relationships among religious --among ourselves, concretely—is a sort of psychological immaturity that underlies the attitudes and behaviors of some of us. This seems to be an echo of a growing phenomenon observed in society in general, which some specialists have labeled as “middle-escence” (a play on the English word “adolescence”), characterized as a stage in which persons who are old enough to be fully included in the world of adults keep manifesting certain traits of dissatisfaction, lack of balance, boredom leading to evasion, etc, that makes them psychologically closer to the stage of life that we call adolescence. This is something that we have to face lucidly and decisively at the beginning of our formation processes. What is it that prevents some people from growing toward the maturity that we might reasonably expect of consecrated persons, and often enough, of persons who are carrying out important tasks within apostolic activities? The cultural components that I referred to undoubtedly play some role in this matter. We have to recognize that these phenomena can affect us, too, and this obliges us to look for instruments that favor the processes of personal maturation not only in programs of initial formation but also in all the stages of our life.

33. Our communities are becoming increasingly multicultural. This is an undeniable statistical datum. In many parts, our life is being shared by brothers who come from diverse cultural contexts, and who therefore have distinct sensibilities in many areas: culture, politics, religious and ecclesial experience, etc. I have referred to this on different occasions. The great challenge is to pass from multiculturalism, which is a *de facto* situation, to interculturalism, which is a process that demands a concrete commitment on the part of the persons who make up a community. This fact stood out clearly in the last General Chapter, which was itself a parable of the plurality of cultures that exist today in our Congregation. Hence the Chapter did not hesitate to point out: *Therefore, we choose as a priority in the Congregation –in its structures, institutions and lifestyle—the necessary process of intercultural dialogue*” (THL 29). This dialogue demands an attitude of openness on the part of all who are involved in it. In the conversations I have had with many Claretians incorporated in Provinces and Delegations distinct from the Organisms they came from, I have time and again discovered the challenges to intercultural dialogue. Those who receive brothers coming from other parts are asked to have an attitude of openness, readiness to be questioned and flexibility to adjust their criteria so that they can accept the contributions of those who will contribute to the enrichment

⁵⁶ See “Starting Afresh from Christ,” n. 12. See also IPM 29.1.

of their own cultural, ecclesial and congregational tradition. Those who are arriving are asked to have the humility to recognize their need to learn, to show respect for the language, traditions and values of the peoples who welcome them, and openness to the pastoral models of the churches where they are going to work. Both need to be profoundly rooted in the founts of Claretian identity from which will arise the water that will allow the fruits of true communion and of effective missionary projection to grow and mature.

34. Finally, I want to recall that our communities, as such, must be “missionary.” They themselves must be a sign and an announcement of the newness of the Kingdom. Their lifestyle should be a transference of the values that Jesus wanted to impress in the heart of those whom he called “to be with him, and to be sent out to proclaim the Gospel.”⁵⁷ The structure and program of our communities must make possible a daring and efficient missionary action, one that is able to respond to the most urgent pastoral challenges of each place. The community should be constantly questioning its tendency to become too settled and to keep repeating pastoral schemes that might have been introduced into our pastoral activities. The community must also be a space of welcome for those who are seeking God and for those who feel the need for a loving care and respect that society may for different reasons deny them.

35. To keep working on the theme of community is one of the great challenges that we have to assume in this congregational moment. In many countries the motivation for vocations is not so much a desire “to do” something, as it is a search for consistent ways of spirituality and for spaces that allow one to live the experience of communities in which the disciples truly “love one another.” May the Eucharist that we celebrate every day be a source and expression of the commitment of each one to the community.⁵⁸ The Constitutions offer us, in Chapter I of the first part, some texts that can enliven this very fundamental dimension of our life. The road toward the future passes through cohesion in the community. A hope-filled future is born of a community that knows how to reproduce the traits that Jesus wanted to be distinctive of those who were called to be his disciples and who opted for the project of the Kingdom. Cordiality, a characteristic of those who are known as “sons of the Heart of Mary,” must leave a permanent imprint on our fraternal relationships.⁵⁹

Vocational promotion and formation

36. The vocational situation constitutes the main preoccupation in several Provinces and Delegations. New members are not coming into our community. The growth in the average age and the slim outlook for new entrants produces discouragement in many of our brothers and gives rise to a certain concern, and even anguish, over the future of the Claretian presence in some places and on the continuity of some dearly beloved works which were created and carried on with great dedication and sacrifice. Moreover, the longer this vocational drought goes on, the harder it gets to bring in new candidates to enter a community dynamic that is increasingly less flexible for the very reason of age or weariness.

37. I know that our Congregation is not “indispensable” in the Church and that the Kingdom of God will keep forging ahead, impelled by very different mediations, both within and without the Church. But I firmly believe that if the Lord has raised up our charism in the Church and keeps raising it up, it is because, in his Providence, he wants us to continue contributing something that He himself considers important for the Church and its mission in today’s world. As I think about the theme of vocations, I always start out from this solid, basic conviction. In analyzing the declining number of

⁵⁷ Mk 3:14. See VC 51.

⁵⁸ See CC 35.

⁵⁹ See IPM 20.

vocations in some countries, we may rightly adduce a whole set of demographic aspects and sociocultural and even ecclesial situations that are unfavorable. Perhaps these are calling on us to think about new forms of consecrated life. I do not rule out the possibility that they may even lead us to design new ways of integration into our own community. But it is also right for us to ask ourselves about our way of living the Kingdom and its values, about how our community can become a transparency of them and be capable as such of attracting those who are searching with a sincere heart. I am not surprised when, in some Province or Delegation where the Superiors are facing serious difficulties in sending young religious to their most difficult missions, there may also be a shortage of vocations. The Lord wants us to be missionaries and he is only going to send to our community men who feel called to live this charism if we ourselves are disposed to be faithful to it. Won't we sometimes need to be more detached from many things that we have been accumulating, either personally or as a group? Might not all these things be robbing us of freedom to fulfill the mission that the Lord has entrusted to us as missionaries?

38. In other parts of the Congregation we are experiencing a notable growth in vocations that fills us with joy and moves us to give thanks to the Lord. Thanksgiving is the adequate attitude. We are content and grateful to the Lord because he keeps raising up, through different channels, young men who want to add themselves to the project of missionary life that draws its inspiration from the spiritual and apostolic experience of Claret and his companions. The next step is discernment: a process that has to be carried out with great care. Pope Benedict XVI has himself insisted repeatedly on the need to examine diligently the motives that lead some young men to knock at the gates of Seminaries or of religious families.⁶⁰ The *Claretian Vocation Directory* gives some solid criteria to guide us in the selection of those who aspire to the Claretian missionary life.

39. I want to insist on one point: it is not enough for candidates to want to be “priests” in order to let them enter the Congregation. They must ardently desire “to be missionaries” and to accept all the consequences that this vocation entails. The image of “priest” that prevails in some cultural or ecclesial contexts, an image that is all too zealous in underscoring the dimension of dignity or is overly focus on the management of pastoral structures, does not express the most fundamental aspects of Claretian identity. For us, the service to the Christian community through the exercise of the priestly ministry is one form of realizing our missionary vocation, but certainly not the only one. We live to announce the Gospel and make of our life a service to humanity. This must be the fundamental point of reference for delineating our way of being missionaries as ordained ministers or as consecrated laity. We must not rest easy over the thought that we have many vocations. We must take care in selecting them and always be very attentive to the processes of discernment so that they may help us to evaluate the motivations and the right understanding of the Claretian identity on the part of candidates.

40. It is necessary to insist on vocation ministry. Let us recall how the General Chapter formulated it: “*Therefore, we choose improvement in our vocation ministry as a priority: the consolidation of the formation process, the formation of formators and spiritual accompaniment to better assure vocational consistency in all stages of life*” (THL 56). I want especially to encourage those Organisms that cannot palpably feel the fruits of their efforts not to slacken in their endeavors, but rather to enhance them. I proposed to you a renewed commitment to vocation ministry as a congregational response for the gift that the Lord gave us in the beatification of the martyr Andrew

⁶⁰ Allusions to the theme can be seen in his Discourse of 25 July to the priests of the Diocese of Aosta (Italy). See also discourses to some groups of Bishops on ad limina visits: Bishops of South Africa and Botswana (10 June 2005), Bishops of Papua New Guinea (25 June 2005), Bishops of Ghana (24 April 2006), etc. The careful selection of candidates to the priesthood and to the consecrated life, and vocational discernment are recurrent themes in the interventions of Benedict XVI.

Solá.⁶¹ I pointed out that in its next Assembly or Chapter each Organism should make an in-depth assessment of the situation of its vocation ministry in order to reaffirm its commitment in this area and to look for new ways of action. I ask the Major Superiors to give it priority in their respective Organisms. You can count on my support and you can also count on the collaboration of the General Secretariat of vocation ministry.

41. The Congregation can rely on the General Plan of Formation, which marks out some solid guidelines for the formation processes of those who are preparing for the Claretian missionary life. Based on the GPF, the Provinces and Delegations have been formulating and reformulating their own formation plans in keeping with the demands of their own cultural and ecclesial contexts. This whole effort is positive and I am sure that it is going to produce abundant fruits. There are some aspects that I would like to underscore relative to the theme of initial formation, because I believe that they will have a strong impact on the future of our Congregation.

42. The first refers to *the preparation of formators*. This is the foundation for building a good formation project. First of all, I want to express my thanks for the generous dedication of many Claretians in the task of formation. The Constitutions clearly indicate the importance of their mission.⁶² The lack of vocations in some Organisms might lead them to neglect the preparation of some Claretians to undertake responsibilities in formation. The high number of candidates in other congregational contexts sometimes leads to improvisation, with the negative repercussions that this entails in an area of such capital importance for the future of the Congregation. Both of these situations are negative for the Congregation. Each Organism must work on its formation project and foresee the preparation of the personnel needed to carry it out. It is necessary to define well the plan of specializations in function of formative and apostolic needs of each Province or Delegation. The collaboration between various Organisms in formation programs should also envision the preparation of persons who are going to undertake the responsibility in formation. Inter-provincial Conferences and Formation Encounters are the adequate forum in which to define such collaboration. The General Government is offering the program of the “School of the Heart of Mary” in order to deepen the specifically Claretian aspects of formation programs. All formators or persons preparing to be formators should participate in the school.

43. There can be no doubt that the best base for being a good formator is fidelity in living his own religious commitments and enthusiasm for his own vocation. An attitude of welcoming and listening is also a necessary component for being able to build a fluent relationship with our missionaries in formation. The formator’s presence in the formation center is another point that must be insisted on. Formators often take on other ministries to the detriment of their dedication to the primordial mission that has been entrusted to them. This is not a matter of an outright rejection of any other ministerial services, often related to teaching in the academic centers where our young men are studying, but one of accepting them only if they are compatible with the fulfillment of their fundamental responsibility as formators. The frequent personal accompaniment of the formandi is one of the keys to success in formation, and it requires many hours of dedication, above all when the number of students is high. This is one of the aspects that must be evaluated well in canonical visits and in meetings of the formation team. I want to issue a call for availability in accepting formative responsibilities. We all know that these are positions that call for a large dose of sacrifice. We must decidedly support the work of formators and collaborate generously in the services that they ask of us. As the Constitutions tell us: “Missionary formation is a matter of such grave concern

⁶¹ See op. cit., section 5, p. 19.

⁶² See CC 68; 77.

that responsibility for it rests on the whole Congregation, the Province and the formation community.”⁶³ Let us spare no efforts in the field of formation.

44. The dominant cultural atmosphere in our society does not facilitate the cultivation of a deep interior life, which constitutes the irreplaceable base on which a vocational response is built. Therefore, in our formation project, we have to give a privileged place to times of silence and personal prayer as indispensable spaces in which to deepen our contact with the Word and nourish our friendship with the Lord who has called us and keeps calling us. The daily joyful and careful celebration of the Eucharist is another of the privileged moments of the formation program. Frequently approaching the sacrament of reconciliation is another fundamental aspect of growing in fidelity to our vocation. If, as Vita Consecrata says, “the primary objective of the formation process is to prepare people for the total consecration of themselves to God in the following of Christ, at the service of the Church’s mission,”⁶⁴ we must insist on an educative itinerary that helps them to achieve the spiritual consistency that will allow them to pronounce their “Yes” to their calling from the depths of their heart and with a forcefulness that will help them to repeat it in each of the stages of their life.

45. Another aspect that I would like to stress has to do with *the dimension of human maturation in our formandi*. Never have our formation centers, including those in Organisms whose economy depends on the General Government or on other Organisms, had such a wealth of means to carry out their formation programs. We must be glad of this and also be thankful for the generosity of countless Claretian missionaries who have worked hard and saved in order that nothing necessary should be lacking in our formation centers. Even so, this “having everything at our disposal” seems sometimes –not always, fortunately—to be a negative factor in the maturation process of some persons. There are very few young men between ages 20 and 30 who can have at their disposal some ten years or more to dedicate exclusively for their preparation, without being preoccupied by economic questions or by other aspects that have to do with the ordinary unfolding of everyday life. It is true that our formation has to attend to many aspects that are not contemplated in the process of preparation of other university students, but it is at least possible that this privileged situation may not help some to interiorize the values that define our missionary life. Sometimes there remain certain attitudes of personal claims or demands that in some way manifest the situation of lack of maturity that we spoke of earlier. Without ceasing to attend to the different aspects that concern the formation of our students, or to the necessary priority of their dedication to study, we might have to seek some way of integrating into our formation programs the dimension of work, not excluding manual labor --inside or outside the house of formation, in pastoral structures or in other centers-- to help our formandi become aware of their responsibility toward the functioning of the formation community. At the very least, we would have to clearly indicate to those who do not show the degree of maturity one might expect of persons who opt for the religious life and, concretely, for the Claretian missionary life, the suitability of their giving a different focus to their life.

46. Within the area of human maturation, the General Chapter asked us to pay particular attention to the affective and sexual dimension,⁶⁵ not only because of its objective importance in the maturing of persons, but also because many of the contradictions of our time are concentrated in it: on the one hand, the tendency to permissiveness, and on the other, the great demand for authenticity and coherence. For this it is necessary to help each formandus, by means of self-evaluation, personal conversations and revisions of life in common, to face the truth about himself and the reality in which he lives, avoiding escapist, defensive or closed attitudes. I ask everyone, especially superiors

⁶³ CC 76.

⁶⁴ VC 65.

⁶⁵ See THL 55, 73.3.

and formators, to take very much into account the Guidelines given on some matters directly related to the vow of chastity.⁶⁶

47. Our formation communities are becoming increasingly intercultural. We have made one option in this sense. It facilitates a mutual enrichment for formandi that come from diverse cultural contexts and it prepares them for processes of inculturation that always involve some difficulty. I insist on the need for all formandi to learn a language other than their own, in order to facilitate congregational interchanges and missionary services. For students assigned to Provinces or Delegations different from the Organism of origin, we have provided a formative itinerary that allows us to guarantee both a systematic initiation into the Claretian missionary life and the time needed for their obligatory inculturation in the place where they are going to exercise their ministry. I want to thank the formation teams for their generosity in assuming the supplementary effort involved in attending to these types of intercultural communities.

ACCENTS IN OUR PASTORAL PROJECT DURING THIS SEXENNIUM

48. The General Chapter pointed out to us three elements as aspects to be enhanced during this sexennium in the field of the apostolate: shared mission, mission in dialogue, and solidarity with the poor and outcast. I would like to comment briefly on each one of them.

Shared mission

49. This is a theme about which we are all still in the phase of clarification and search. There are some elements that seem important to be taken into account in speaking of it. First, I believe that it is fundamental to be aware of the concept of mission that we are dealing with. “Mission” is the noun and “shared” is the adjective that indicates a way of understanding mission and carrying it out. It involves the mission that “belongs to all” and to which we add ourselves from the standpoint of our specific vocation. This seems obvious, but it is important. It is “our” mission, but with an “us” that goes beyond the limits of our Congregation or Province. It is, above all, the mission of the Church which, faithful to the mandate of Jesus, keeps announcing the Gospel of the Kingdom to all men and serving the cause of those to whom, according to Jesus himself, it belongs: the poor, the peacemakers, those who work for justice, those who suffer... Still more, it also means the mission that God entrusted to all humanity, to take care of his creation and to build a fraternal and solidary history. To that mission we “join ourselves.” From this comes the attitude that prepares us to assume the demands that can be drawn from this “shared mission.” Later, we will have to see what part each one of us should contribute, how to harmonize our charisms, how to articulate our actions on behalf of a common project, which is decisive for the future of humanity.

50. This means that we can’t think of our projects simply from our own standpoint and the interests of our own institution, but from the standpoint of global evangelizing urgencies, taking into account the complementarity of vocations and charisms in the Church. Hence the Chapter urges us to “choose as a priority that shared mission be our normal way of carrying out our mission and that we all, as Claretians, accept the consequences this has for our spirituality, vocation ministry, formation processes, community life, apostolic work and institutions of government and economy”(THL 37). Shared mission will demand that we analyze the concrete situation of the place

⁶⁶ I refer to the document sent to the Major Superiors on 23 November 2003, charging them to comment on it in the forums they considered most adequate for making it known to the members of their Organisms.

where we are working and of the world in general, and to discover how and with whom we are called to share the task of carrying out God's Project, and to discern what our specific collaboration ought to be. Starting from there, we would have to define how to embody this awareness concretely in the works of our Congregation or through collaboration in the initiatives of other groups. This means opening channels for a co-responsible and dynamic participation of the laity.

51. The Chapter asked us to open up new avenues of shared mission⁶⁷ and encouraged us to promote the presence of lay people on the pastoral councils of our Organisms, on animation teams and in apostolic positions.⁶⁸ I value very positively the efforts of many Provinces and Delegations that are implementing these guidelines in a systematic and creative way in diverse areas of our apostolate: missionary teams, youth ministry, vocation ministry, social ministry, educational ministry, parish ministry, etc. The participation of the laity is helping them to infuse a new dynamism into their pastoral activities and is obliging them to better define the specific nature of the contribution that we ought to be making from the standpoint of our charism. We have to program well the formation process of the laypersons that are going to form part of our pastoral councils and teams responsible for apostolic activities; but we must also prepare ourselves to learn how to accept the contribution of the laity and to second the decisions they make in the exercise of the responsibilities that have been entrusted to them. The Prefecture General of Apostolate has held a workshop on the theme of "shared mission" that is going to help all of us to deepen our understanding of this concept and to find new ways to provide it with operative channels in all apostolic positions.

52. I want to make special mention here of the *Movement of Lay Claretians*. I get the impression that in some Organisms and communities of our Congregation this movement has not yet managed to receive the welcome it deserves. Some of us are still asking: "What is a lay Claretian?" The "Sourcebook of the Lay Claretian" offers a clear and well-articulated answer to this question. Nevertheless, I will be so bold as to sum it up: Lay Claretians are lay men and women who feel called (it is a vocation, then) to live in a more radical way the missionary dimension of their Christian identity and who find in Saint Anthony M. Claret an inspiration and powerful motivation for doing so (this is the specifically charismatic aspect). They come to connect with the spiritual and apostolic experience of Saint Anthony M. Claret through various means, which the Lord in his Providence has disposed. This often comes about through their relationship with some Claretian missionary or with some community or activity of the Congregation. The persons who have received this call from the Lord share it in a group that helps them to grow in response to it and that sustains them in the missionary commitment through which, as laypersons, they express their Claretian vocation. This calling gave birth to the Lay Claretian Movement, to which many of these lay men and women belong. The Movement offers them an experience of universality in living their charismatic gift and a guarantee of fidelity to the vocation they have received in discerning the project and mission of each group. Accompanying the formation processes of these laypersons and the life of their groups is one of the tasks that are asked of us, and we ought to undertake it with enthusiasm and loving concern. An active collaboration with them in no way lessens the autonomy that ought to exist in the relationship between the Congregation and the Lay Claretian Movement. Looking for spaces in which to share prayer and the way of understanding and living the Claretian charism with these laypersons is going to help us, too, to discover new traits in that charism and it is going to encourage us to live these traits more radically and with greater enthusiasm.

⁶⁷ "That those communities with apostolic works promote and decisively open up new avenues of shared mission, and regulate their operation" (THL 66.1).

⁶⁸ "That superiors and those responsible for apostolic works in the Congregation, after due consultation with the community, promote the presence of lay people on the pastoral councils of the Organisms, on animation teams and in apostolic positions" (THL 66.3).

Mission in solidarity

53. In his encyclical “Populorum Progressio” Pope Paul VI wrote that the Church “shudders” at the anguished cry of peoples living in situations of injustice, and he issued a call to everyone to respond generously to that situation.⁶⁹ This “shuddering” at the reality of the injustice experienced by so many millions of human beings is a first step toward making a serious commitment to justice and peace. In our own society we observe a very notable degree of insensibility. Many have become used to the notion that that’s the way things are, and have fallen into a kind of fatalism that immobilizes them. Hence, for a decided action in favor of justice and for putting any true movements of solidarity in motion, it may be necessary to have some direct contact with the reality of the poor and oppressed. In number 4 of the same encyclical, the Pope comments precisely on his own concrete experience of this situation in his journeys to Latin America, the Holy Land and Asia. In the greetings that I addressed to Pope John Paul II during the audience he granted to the members of the last General Chapter, I told him that: “Our reflection and search are directed by the words of Jesus: ‘that they may have life.’ And the reality of so many situations of death that we discover in our world causes us to shudder. The sad situation of millions of men and women with whom we share our lives every day has led us to make ‘service to life’ the major thrust of the life of the Congregation in the years to come.”⁷⁰

54. For this reason the Chapter stated: “Therefore, we choose as priority solidarity with the poor, the excluded and those whose right to life is threatened, so that this impacts our personal and community lifestyle, our apostolic mission and our institutions” (THL 40). What has changed in our life? What concrete steps have we taken to express this priority? Or perhaps we may have to ask ourselves more radically: “Does the situation of injustice that so many persons are living truly affect us or make us shudder? Does it upset us? The Chapter document told us that it is essential “to allow ourselves to be touched” by the poor.⁷¹ Do these poor and excluded people have a face and a name for us, other than the images that are transmitted to us by the communications media? I can testify that I have seen Claretian communities and Claretians who are radically and generously living this commitment. They are contributing to keep us awake and vigilant, and they are pushing us to integrate into our own pastoral action, whatever it might be, this dimension of solidarity with and commitment to justice that are inherent in any credible announcement of the Kingdom. But I must also, sadly, confess that I still find some of our brothers who are overly unconcerned with this dimension, which is so fundamental in a ministry that aims at being truly prophetic.

55. Collaboration with those who are striving to transform the world according to God’s design is, for us, a constitutional watchword.⁷² Why does it still cost us so much to give concrete shape to this priority in our community and pastoral projects? One of the keys that guided us in the reading of the bible that we made through the WORD-MISSION Program was, precisely, the commitment to life. Recall the title of the six volumes of the project: I. “Pentateuch: so that man may live”; II. “Prophets: so that the people may live”; III. “Synoptics and Acts: the Kingdom has come” (it is the Kingdom of life); IV. “Paul: an announcement of life for different cultures”; V. “John: witnessing to life in a hostile world”; VI. “Wisdom Literature and Psalms: rivers of life.” Have we allowed this Word that has accompanied us throughout the last few years to penetrate our lives? It was, then, perfectly natural that the theme of the General Chapter was spelled out explicitly in the phrase from

⁶⁹ “The Church, *cut to the quick* by this cry, asks each and every man to hear his brother’s plea and answer it lovingly” (PP 3). Some languages translate the underlined phrase as “shuddering,” a literal translation “cohorrescens,” used in the Latin original.

⁷⁰ “That they may Have Life,” Greeting of the Superior General to John Paul II, p. 63.

⁷¹ See THL 67.1.

⁷² “Sharing the hopes and joys, the sorrows and trials of the people, especially those of the poor, we readily offer to join efforts with all who are striving to transform the world according to God’s plan” (CC 46).

the Gospel of John: *“That they may have life.”*⁷³ We have to take interest in themes related to Justice, Peace, Care for Creation and Solidarity. We must learn to work on them and to encourage others to take them up passionately. In our youth ministry, in our parishes, in preaching and in educational ministry, in centers of higher ecclesiastical studies, in social ministry and in our publications, this priority should have a strong resonance. The General Secretariat of Justice and Peace, as well as those in charge on the provincial level, are ready and willing to help us to reinforce this dimension.

56. With other Congregations we are making ourselves present in world forums where decisions that affect the life of millions of human beings are being forged.⁷⁴ Our contribution will be small, almost insignificant, but it must not be lacking. These are new Areopagi, to which the light and savor of the Gospel must be brought.⁷⁵ They are spaces for dialogue and for building networks with people who are looking for alternative to the situations of injustice and oppression that exist in our world, and they are also spaces for the kind of denunciation that has always accompanied the prophetic ministry. In our Congregation we have to keep enhancing this dimension, and we have to do so creatively, contemplating, within the process of revision of positions, the possibility of starting some new initiatives along this life. One sometimes gets the impression that we lack the lucidity to undertake new missionary services outside of the traditional structures of apostolate. A missionary action that wants to be relevant in our world must be open to go out to these forums for dialogue with civil society and with many groups of persons who, although moved by religious traditions different from our own or by ideologies of a deeply humanistic character, are seeking to transform the world according to God’s plan.

57. Almost all Provinces and Delegations are creating or consolidating Mission Procures as a concrete instrument for expressing solidarity. This is something that fills me with a deep sense of joy. The Procure creates missionary awareness and helps gather economic resources needed to carry on many projects on behalf of the disadvantaged, above all in the missions. Thanks to all for the efforts you are putting forth. We can do still more. In some sites we have not yet done a sufficiently in-depth study of this theme. Our missions need support for many of the works that they are carrying out. Our seminaries need economic help to be able to respond to the demands of a good formation. Without Claretians taking responsibility for projects and working alongside the poor and the excluded, we will not be able to carry the works of solidarity forward. In the Procures we have to learn how to integrate both the work of mediation with institutions that provide funds and direct contact with persons with whom we have or have had some relationship (ex-alumni of our educational centers, collaborators in different apostolates, etc.) and are disposed to collaborate on behalf of the works that the Congregation is carrying out. Let us never forget the horizon of the universal mission of the Congregation when we are planning the work of our Procures in Provinces and Delegations.

58. I do not want to close this section without asking a concrete question on our lifestyle. We have to be always on guard, because consumerism is getting through to us, and what was once considered a luxury for us (and still is for many who live around us), is beginning to seem “normal.” In the audience I referred to earlier, the Pope told us Superiors General: “Along with an indubitably generous commitment that bears witness of total self-giving, the consecrated life is today experiencing the insidious inroads of mediocrity, of bourgeois values and of consumerist ideas.”⁷⁶

⁷³ See Jn 10:10.

⁷⁴ I refer to the participation of the head of the Secretariat General of JPIC and of other Claretians in some sessions of commissions of the United Nations, in the association “Africa Europe Faith and Justice Network,” in world forums continental alternatives, etc.

⁷⁵ See Rmi 37; VC 96ff; CdC 45.

⁷⁶ Discourse of Pope Benedict XVI to men and women Superiors General in the audience granted on 22 May 2006.

A small fraction of the world's inhabitants consume the greater part of what would be necessary for all. We all know the statistics. Where do we stand? These are concrete questions that make us feel uncomfortable. Some would answer that we need not be minimalists. But I believe that we must sincerely confront these questions. It is true that ours is an "apostolic" poverty, which demands that we have the necessary means for our pastoral work. But this can never be an excuse for adopting lifestyles that cannot stand a serious confrontation with the situations of poverty and exclusion that are, sadly, all too common in our world. Lifestyle is also a barometer measuring the solidness of our commitment to justice and solidarity, and of our ecological consciousness.

Mission in dialogue

59. The unstoppable process of globalization has changed the parameters of relationships among peoples. Mobility has become one of the main characteristics of our time. Cultures and religions meet and have to learn to live together. We are witnessing conflicts that alert us to the danger of attitudes closed to dialogue or of the manipulation of people's religious and cultural sentiments by those who control the centers of power and want to increase their own spheres of dominion or influence. All of these factors have contributed to make the theme of dialogue central to our preoccupations and priorities. The General Chapter was a parable of the interculturalism that so deeply marks our historic moment. *"Therefore, we choose as a priority the inculturation of the Gospel through ecumenical, interreligious and intercultural dialogue in all our missionary works"* (THL 45).

60. On the horizon of the apostolate of the Congregation and on the horizon of the evangelizing mission of the Church, *interreligious dialogue* is an undeniable demand. It supposes some changes both in our mentality and in our pastoral strategies. On the one hand, it obliges us to look with great respect on all religious traditions and to learn how to discover in them the ways through which many people have mediated their relationship with God and have forged the values on which thousands of years of history and culture have been built. On the other hand, it obliges us to think on the meaning and method of an evangelization based on this recognition. The Congregation is becoming increasingly present in areas where Christianity is the faith of a very small minority of the population. In Sri Lanka, in 1997, there was a workshop on "The missionary service of the Word and dialogue with religions," organized by the Prefecture General of Apostolate.⁷⁷ The workshop was born as a response to the concerns of Claretians who were carrying out their apostolic activity in contexts where Christianity was a minority religion. But besides this, it meant to set in motion a reflection on the implications that the Church's new attitude toward non-Christian religions might have for our own mission as servants of the Word. The workshop wanted to shed some light on the Congregation's option for the "Missio ad gentes," which is also frequently defined as "Missio inter gentes." The theme of interreligious dialogue is going to be ever more present in our congregational culture. We ought to encourage some concrete experiences in this field and promote the study of this theme in all our formation centers and programs. The dialogue between religions should be a very important contribution to the creation of a true culture of peace in our world.

61. *Ecumenism* is another area where the Church is carrying on a serious and responsible exercise of dialogue. It is a joy to see that in many Claretian activities this dimension is very present. However, we still have a long way to go. We lack experts in this area in the Congregation. According to the different cultural contexts, ecumenism takes diverse forms and we have to learn how to act decisively in connecting with the many initiatives that exist in particular churches.

⁷⁷ The workshop was held in Kandy (Sri Lanka) from 25 February to 5 March 1997. The conclusions were published in a booklet edited by the Prefecture General of Apostolate, and all the works of the workshop were collected in a dossier that was sent to the Provincial Prefectures of Apostolate.

Ecumenism builds on a base where Christians of different ecclesial traditions, united in the same faith and committed to proclaiming the same Gospel, meet to listen to the Word of the Lord and to praise him. It is a pity that we cannot share the Eucharist, the sacrament of communion, but our sorrow over this should be a constant motivation for us to engage tirelessly in ecumenical work.

62. *Dialogue with culture*, with all cultures, constitutes another point of maximum interest for a missionary Congregation like ours. It requires us to respect the cultures of the peoples to whom we have been sent: their language, their history, their longings and their struggles to build some solid bases that allow them to maintain their identity in a world in which they perceive the imposition of dominant cultures. In the history of our Congregation there are marvelous chapters on missionaries who have become true specialists in the cultures of the places to which they have been sent. Even today the people recognize them as “their own,” expressing that sense of communion with the people that distinguished them, which is something that ought to be the most heartfelt desire of every missionary. We have to devote considerable time to learn the language of the place, to study its history, to feel proud of the history of its people and to share their dreams for the future. It is true that we have to do a critical reading of the history and the culture in question, but it should always be a reading that is touched by the love of a person who feels, at heart, a part of that people.

63. The dialogue with culture entails various demands. Culture evolves -- it is not static. Hence it keeps producing new paradigms of thought, new forms of living and of self-expression and new models of society. The dialogue with culture demands attention to reality and dedication to study. I believe that this is a word that all of us Claretians need to internalize more. Our programs of ongoing formation should contemplate an attention to cultural reality that can help us to acquire a language that is relevant to people and that enables us to take a critical and evangelical stance in face of the new cultural challenges of our society. There are some quite complex themes in which we do not have to be specialists, but we do need to know about them, because they are a source of concern for many persons who want to live up to the demands of their faith in this historic moment. Besides, without an attentive following of the cultural movements of our time, it will be very hard for us to engage in fruitful dialogue with today’s people – a dialogue in which our word may shed light and awaken a genuine passion for the search for truth. In order to engage in serious and open dialogue with a culture, we have to love it. We can’t just walk through life condemning everything. We have to be critical, certainly, but we have to love all of the great deal of goodness that there is in this world where we happen to live.

64. Finally, I am happy about the efforts that both the General Government and some Organisms are making in order to qualify their personnel and to create activities that can have a strong impact in the area of theological, juridical and philosophical thought, or in the different spheres of culture and science. New Institutes of Higher Ecclesiastical Studies have been created and some projects aimed at the establishment of educational centers on the university level have been set in motion. These are very interesting projects that can help to make our evangelizing task more incisive. This should not make us forget, however, the commitment that we still maintain in the missions, which we want to keep consolidating and promoting with all our might.

The reorganization of the Congregation and its implications

65. We have been speaking about the reorganization of the Congregation for several years. It is a theme that preoccupies many Congregations that are taking decisive steps in this sense. The General Chapter pronounced its views most clearly: “*Therefore, we choose as a priority in the government of the Congregation a more balanced and effective organization of our Organisms and the revision of apostolic positions*” (THL 26). And it asked the General Government, concretely, “*to act*

decisively and to lead the processes of reorganizing the Major Organisms and the revision of positions within each Organism, according to the criteria contained in our legislation” (THL 74.1). We are attempting to deal responsibly with this mandate of the Chapter. It is a theme on which I spoke at the meeting of Major Superiors held in Vic in September of 2004, a year after the conclusion of the Chapter. I refer you to the text of the Dossier of the Encounter.⁷⁸ However, I want to recall in this circular letter the objectives and criteria that I set forth on that occasion, which were endorsed by all the Major Superiors and enriched with their contributions.

66. As for the *objectives* that we aim at in the process of reorganization, I stressed the following:

- a. To facilitate a better attention to the urgent missionary needs of our world.
- b. To assure the missionary vitality both of Organisms that are growing and of others that are shrinking in the number of personnel.
- c. To facilitate a better organization of communities and teams, with attention to the needs of their personnel and the demands of their apostolic work.
- d. To facilitate more significant pastoral projects and to help to give a more decisive impulse to the revision of positions.
- e. To seek a better organization of the formation processes of the Organisms.
- f. To rationalize the number of persons dedicated to the exercise of government.
- g. To facilitate a better attention to houses and activities directly under the General Government.

67. To carry out the reorganization there should be some *criteria* that allow us to overcome the difficulties in processes of this sort and to advance to a reasonable pace toward the fulfillment of the objectives proposed. We point out the following criteria:

- a. To take into account the statistics of the personnel of the Organisms and the outlook for the future, with reference both to their vocational situation and to the age of the members.
- b. To take care that in projects of reorganization the cultural characteristics of the Organisms are respected.
- c. To contribute to the consolidation of new foundations.
- d. To take care that the reorganization of Organisms is accompanied by the revision of positions.
- e. To give importance to dialogue with the members of the Organisms involved, especially with their Governments, who will most likely be the animators of these processes in their Provinces or Delegations.
- f. To inform, insofar as it affects them, the laity who form part of the animation teams of the different pastoral areas of the Organisms, about the processes of reorganization.
- g. To set in motion processes with clear short-term (less than three years) and middle-term (up to six years) objectives that will allow them to advance toward the proposed goals and to evaluate the steps that are being taken.

68. On the theme of the revision of Organisms, important steps were taken in the preceding six-year periods and they have continued in the first three years of the mandate of this General Government. Limiting ourselves to these last three years, the Independent Delegations of Indonesia-East Timor and of Central Africa have already been constituted. We have already determined the date of constitution of the new Province of Santiago, in Spain, which will join into one the three present

⁷⁸ “*Dossier on the Encounter of Major Superiors*”. Vic (Spain) 2004. The booklet of the Dossier was sent to all the communities of the Congregation.

Provinces of Aragón, Castile and León. The processes for the constitution of the Independent Delegations of Northeastern India and Northwest Nigeria have been drawn up. The General Government has also set about revising the houses and activities that depend directly on it. The house and works of Buen Suceso, in Madrid (Spain), will pass to the new Province of Santiago. In Rome we are seeking a reorganization of the houses dependent on the General Government and we foresee integrating some other works and missions that are under the direct care of the General Government into the Major Organisms of the zone. We are enhancing the coordination of the formation and pastoral programs of the Missions of Kenya, Tanzania and Uganda, with the thought of constituting a future Claretian Delegation or Province of East Africa.

69. Some Provinces and Delegations, although at different rhythms, are committed to process of reflecting on a possible restructuring. These are open processes in which we, keeping in mind the criteria established, are looking for the best solution in view of the objectives assigned.

70. Reorganization, above all when it involves joining various Organisms into only one, entails considerable difficulties. A Province or a Delegation is not simply a sum of houses, activities and individuals. It is a living reality in which its members know one another and have lived together and in which what we might call a “provincial culture” has been created. Hence the thought of taking the step toward something new can be frightening, because one fears to lose what one has, without the security of gaining something more positive. It is impossible to advance in this process if we are not able to situate ourselves in a more universal perspective. It is very hard to convince ourselves of the need to create these new structures if we do not analyze in depth the challenges of mission and the real possibilities that we have of responding to them. An in-depth reflection will surely show us that the capacity to respond to the new challenges of mission and of formation increases when we can avail ourselves of more ample bases for designing our projects. The very nature of a missionary Congregation demands flexibility in determining its organizational structures, which must always be subject to a process of revision in terms of its missionary objective. Besides, there is a certain inertia that leads us to accommodate ourselves, to not changing, especially when the years that we have remained in one site or the time that a determined structure has been in existence become longer and longer. Prolonged permanence in the same place or the years of a structure’s duration are not, in themselves, either good or bad. It all depends on the demands of the mission entrusted to us, which sometimes demands stability. But we must carefully see to it that this does not diminish the availability that is proper of the missionary life.

71. To oppose these processes of reorganization some have brought up the wounds that were suffered, years before, in the division of Provinces and Delegations that are now being asked to reflect, among other possibilities, on their fusion into a new Organism. I can certainly understand their fear of being immersed once more in the sorrowful experiences of other times. The wounds need to be healed, but generally speaking, there has been time enough for this. I think that these circumstances should not constitute a reason for blocking the new future possibilities that are opening up at this moment. Now we must face the future with a new spirit, drawing to the center of our heart the reality that unites us, the Claretian charism, and the reality that gives meaning to our life, the mission of announcing the Gospel. I believe that with an open spirit it is possible for us to advance in the direction indicated to us by the General Chapter and to do so in relatively short times.

72. As for the General Government, we will keep working along this line in the normal dynamics of the exercise of governance: canonical visits and Provincial Chapters and Assemblies. But we are not going to neglect visits of animation or participating in significant moments in the life of

Provinces and Delegations, such as retreats, meetings of superiors and other forums that help them to internalize the decisions made and to foster the necessary attitudes for carrying them out.

73. Connected with this theme is that of whether the Congregation should or should not remain in places where the average age of the Claretians who are part of an Organism is quite high and where vocation prospects are not promising. Should we remain present in such places? Does it make sense to continue our efforts to maintain a presence in a place when, in the final analysis, we do not know how long it will last? I am referring mainly to some presences in Europe and America, and perhaps to one or another in East Asia. The General Chapter told us: *“The General Government will see to it that each Organism has sufficient personnel and the resources necessary to adequately develop their own project of life and mission, in accord with these Chapter directives: (THL 74,2).* Before determining the strategies that are going to make it possible for the Congregation’s continuance in these places, it is right to ask about the opportuneness of these presences. I am convinced that many of these presences are very important for the present moment in the life of the Congregation.

74. Three main reasons move me to make this statement. First of all, there are some obviously urgent pastoral needs. In the case of Europe, for example, it is necessary for us to redouble our missionary efforts on behalf of peoples who are building their future on the margin of the religious dimension that is present in the heart of every human being and is a decisive factor in the true humanization of society. We have to return their soul to many European societies, so that they may not abandon their solidarity and so that they may learn to appreciate the gift of life and put themselves at its service. We have to accompany those people who, in the midst of this new cultural situation, are making an effort to deepen their faith experience and to orient their whole life around it. A second reason involves congregational strategy. No one is unaware of the fact that, thanks to the generosity of the German Province, many of today’s Claretians are able to keep exercising their mission among the poor in various parts of the world. Likewise, we will all agree in affirming the importance of our presence in France at a time when the Congregation is experiencing a notable growth in the nations of French-speaking Africa. These are just two examples. Finally, there is a third motive that leads me to affirm the need of remaining significantly present in Europe and America, and that is the deepening of intercultural dialogue in the heart of the Institute. I am surely enthused to see how the voice of Asia and Africa is growing and becoming consolidated in the Congregation as a whole. In order to develop a true intercultural dialogue we need to take these steps. But our dialogue would remain very limited and our Congregation would be tremendously impoverished if the voice of America and of Europe were weakened until it became almost imperceptible in the overall life of the Institute. America and Europe continue to be sources of thought and generators of culture. And it is important that this voice be kept alive within the great dialogue that must enrich all of us.

75. I do not have the least doubt that the problem of a shortage of priests as foreseen, for example, in the European Church, should find its solution in new pastoral and disciplinary approaches in its own bosom. We cannot seek this solution simply by sending in priests from other parts of the world. But neither do I doubt that the presence of our brothers from other geographic zones of the Congregation in the Provinces and Delegations of Europe or America can facilitate the continuation of a relevant missionary activity in those places, which will, moreover, be enriched by their contribution. As I already said, they are going to be asked to make an important effort to become inculturated among the new peoples to whom they are being sent; and those who receive them will be obliged to have an attitude of openness and of deep fraternal feeling. Now if we want these assignments to be significant in the sense that I have been talking about, it only remains to hope that the commitment of those assigned will envision a prolonged permanence. This is the reason for orientation toward the incardination of those assigned into these Provinces and Delegations.

Called to share

76. It still remains for me to comment on another priority pointed out by the General Chapter relating to the economy of the Congregation. The Chapter established: *“Therefore, we chooses as a priority a greater solidarity of Major Organisms with the General Government and that the General Government increase as much as possible its own patrimony and funds so as to respond to the global needs of the Congregation”* (THL 63).

77. Congregational statistics show a tendency of growth in zones of the world that are most marked by economic difficulties and a tendency of decline in zones that are most well off. This undoubtedly has a strong impact on the economy of the Congregation. Whereas only a few years ago about 75% of the Congregation had to support 25% economically, this ratio is presently undergoing some notable changes. It may be that at the end of the present sexennium the ratio may be state in terms of 50%: one half will have to support the other half.

78. Both in the meeting of the General Government with the Major Superiors, held in Vic in September of 2004, and in the Encounter of Provincial Economes held in Colmenar Viejo in September of 2005, the theme of economy was studied in depth. In the last circular letter that I sent to you after the intensive sessions of the General Government last March, I pointed out to you some of the projects that we are promoting. These could not be understood unless we situate them in a universal congregational perspective and feel the needs of the new Organisms as something that also affects each one of us. Because the mission challenges us and because we are interested in the future of the Congregation, we take these steps that are going to involve sacrifices for some. We take great care to see to it that the activities affected by these changes do not suffer; on the contrary, in dialogue with the interested parties, we will strive to see to it that these changes should be converted into an opportunity for renewal and for opening up these activities to new horizons.

79. I want to insist on what I said to the Provincial Economes gathered in Colmenar Viejo last year. I reminded them of some principles and lines of action that I considered and still consider as crucial for the Congregation at this time in the area of economy:

- a. Affirmation in personal and community life of the values we assumed on consecrating ourselves to God in our religious profession and in committing ourselves to observe the Constitutions with all possible care. I have said it repeatedly: this is the basis, the condition “sine qua non.” Without a fidelity to these values, lived in profound joy, it will not be possible to advance in this field.
- b. A more universal and inclusive congregational outlook that will allow us to feel the needs of others as our own.
- c. Serious and rigorous economic planning, which is impossible without a strict budgetary discipline and a continual control of the application of budgets.
- d. Programming a further effort to optimize the income of the patrimony and other economic resources.
- e. Strengthening the General Administration.
- f. Organizing a solid Mission Procure both on the general level as well as in each one of the Organisms.
- g. Close accompaniment on the part of the General Government of Organisms that are not economically self-sufficient.
- h. Studying and applying the norms of Part IV of the Directory, which deals with the organization of economy in the Congregation.

- i. Integrating the theme of economy into the processes of initial formation.

80. Our economy must always be open to a dimension of solidarity with the poor. This is an aspect that cannot be lacking and one that should find some resonance in our attitudes and some concrete expression in our budgets and in our lifestyle. In canonical visits and in meetings to evaluate our community life, we should confront this theme and see how we are expressing this dimension of solidarity, which is an essential part of the demands of Christian life.

CONCLUSION

81. We are still living in the liturgical time of Easter. During these last weeks we have been accompanied especially by three books of Scripture: the Gospel of John, the Acts of the Apostles and the Apocalypse. In them we find some keys that invite us to live the present with a profound attitude of faith and to face the future filled with hope. The Gospel of John has kept introducing us into the mystery of communion with Jesus and with his project. The marvelous meditation that John puts on Jesus' lips in the context of the Last Supper brings close to us the very beating of the Master's Heart, which John himself listened to that night: a communion of love that steepes us in the experience of the Father's love and opens us up to the fraternal love that distinguishes the community of Jesus' disciples. The Lord promises us his Spirit, who transforms our hearts and opens our minds to understand his Paschal Mystery. The Acts of the Apostles has brought us close to the walk of the first Christian community, characterized by listening to the Word and the breaking of the bread – the memorial of the paschal self-gift of the Lord, the communion of hearts and of goods, and projection into mission. The book of the Apocalypse increases our longing for new heavens and a new earth where our hearts' desire for love will be fully satisfied by the experience of the tenderness of the heavenly Father who himself wipes away our tears and spurs us on to the commitment to be today, in the here and now of our history, credible signs of the homeland we all yearn for.

82. Mary has accompanied us as an icon of total trust in the love of the Father. At the foot of the cross she kept repeating her Magnificat, accompanied on this occasion by the weeping of a Mother who loses her Son, but sustained by her unflinching trust in God's promise to his People. To Her, to her Heart filled with the Spirit, we entrust our present and our future.

83. I conclude by recalling that definition of the missionary that our Father Founder gave us and which he wanted each one of us to carry around with us always: *"A Son of the Immaculate Heart of Mary is a man on fire with love, who spreads its flames wherever he goes. He desires mightily and strives by all means possible to set everyone on fire with God's love. Nothing daunts him: he delights in privations, welcomes work, embraces sacrifices, smiles at slander, rejoices in all the torments and sorrows he suffers, and glories in the cross of Jesus Christ. His only concern is how he may follow Christ and imitate him in praying, working, suffering and striving constantly and solely for the greater glory of God and the salvation of humankind"* (CC 9). These words show us clearly the future toward which we should walk. Rereading them and living them in the different contexts in which we, the members of the Congregation, are living today, demands great daring and generosity. I ask the Lord that we may not be lacking in them. Our capacity to generate a future that is at once new and fully faithful to our charismatic sources will depend on our commitment to make this vision of our Founder a reality in our own lives.

Rome, 31 May 2006

Feast of the Visitation of Mary

Josep M. Abella Batlle, cmf.
Superior General